

PURE CATHOLICISM.

(EL CATHOLICISMO NETO)

A religious journal in the Spanish Language, published quarterly by Messrs. PARTRIDGE and OAKEY, Paternoster-row, with the object of promoting the knowledge of the pure religion of the Gospel. Price 1s. 6d. a number. But the paper will be supplied gratuitously to such Spaniards, and natives of countries where the Spanish language is spoken, as may not have the means of purchasing it.

CONTENTS.

	Page.
Introduction	
Summary of the chief truths of the Christian Religion.	4
Abuse of the Holy Scriptures.....	10
The Gospel according to St. John explained.....	17
The Pope and the World.....	37
Jesus Christ, his disciples, and the multitude.....	40

LONDON:

PARTRIDGE & OAKEY, 34, PATERNOSTER-ROW.

* * All communications to be addressed (if by letter prepaid) to the Editor,
11, Ordnance Road, St. John's Wood, London.



EL CATOLICISMO NETO

Periódico religioso que sale por trimestres, destinado á propagar el conocimiento de la pura religion del Evangelio. El precio es de siete reales v^{on}. por trimestre; mas podrán tenerlo gratis los Españoles y los naturales de los estados en que se habla el lenguaje de Castilla, si no pudieren pagarlo.

“Lo que fué desde el principio
.....eso os anunciamos.”
(Epist. de S. Juan c. 1. v. 1—3.)

Introduccion.

En el evangelio de S. Mateo (c. 13. v. 24 &) se nos dice que, “el reino de los cielos es semejante á un hombre que sembró buena simiente en su campo. Y mientras dormian los hombres, vino su enemigo y sembró cizaña en medio del trigo, y se fué. Y despues que creció la yerba é hizo fruto, apareció tambien entonces la cizaña.” En efecto, así que la palabra de Jesucristo comenzó á llevar fruto de buenos y leales discípulos, aparecieron tambien en el mundo, que es el campo en donde aquella se sembró, discípulos infieles y desleales, como fruto de la cizaña del error, que el enemigo habia sembrado á escondidas, mientras dormian los siervos del padre de familias. No fueron estos por entonces autorizados para arrancarla, como ellos querian, porque esa operacion se reservó para otro tiempo; pero sí lo fueron para continuar sembrando la misma buena semilla, y para enseñar con su palabra y con su ejemplo á distinguirla de la mala. Con esto, andando el tiempo, en la confusa mezcla de doctrinas buenas y malas, que comenzaron desde muy temprano á tener curso entre los que se llamaban cristianos, se sintió cada vez mas la necesidad de distinguir unas de otras. Considerando que la buena semilla fué la primera que se sembró, se tuvo por oportuno para hacer con facilidad esta distincion el recurrir á un medio casi mecánico, esto es, á la fecha de la doctrina, con la seguridad de que

la semilla que primero cayó en el campo no tenia cizaña alguna. De este modo la catolicidad, es decir, la universalidad de la doctrina, el ser de todos los tiempos contando desde el principio, llegó á ser una nota ó seña cierta de verdad ; con lo cual la buena doctrina se llamó *católica*, y el sistema ó conjunto de verdades católicas tomó el nombre de *catolicismo*. Ningun cristiano tendrá, ni nosotros tenemos inconveniente alguno en que la doctrina pura y sana del Evangelio sea llamada catolicismo, ni en que la antigüedad de la doctrina sea tenida por una nota de verdad, con tal que nos entendamos. Tertuliano (adv. Marc. l. 4. c. 4.) tiene dicho : “ Como lo falso no es mas que una corrupcion de lo verdadero, así es necesario que la verdad preceda al error.....en suma, es mas verdadero aquello que es ántes, y es ántes, aquello que es desde el principio.” Esta consideracion, que puede ser mirada como un axioma en materia de doctrina que se supone emanada de Dios mismo, nos da la medida de la antigüedad que pedimos á la que hayamos de recibir como verdadera. No nos basta el que la doctrina se presente apoyada por la antigüedad, ni aun por una muy grande antigüedad, si no remonta hasta el principio mismo, esto es, hasta Jesucristo y sus Apóstoles, que fueron solos los que sembraron la buena semiente de la verdad sin mezcla de ninguna especie: esta será para nosotros el verdadero catolicismo.

Sin embargo, este catolicismo que con su predicacion hicieron conocer al mundo los apóstoles inspirados por el Espíritu de Jesucristo, ha atravesado épocas de tinieblas, en que ha sido horrorosamente desfigurado por el hombre. Ha querido este amoldarle á las exigencias del mundo, hacerle acepto á la multitud, y poner con él en manos del poder una arma idónea para dominar y gobernar á las naciones de la tierra. De esta lamentable degeneracion ha resultado un catolicismo espúreo, que se ha alzado en el mundo con el nombre de *Catolicismo Romano*, dándose tan pomposa como falazmente por la única religion verdaderamente universal ó católica en el sentido que hemos explicado. Y decimos falazmente, porque las aberraciones de este catolicismo degenerado no son, ni con mucho, de todos los tiempos ; mas no porque le disputemos la universalidad, si por ella hemos de entender, que se adapta á todos los estravios del sentimiento religioso, observados desde que el mundo es mundo en casi todos los pueblos del globo. En este sentido la tenemos por realmente católica. Nosotros no consideraremos el Catolicismo, sino en su estado primitivo y original, como una doctrina puramente espiritual, independiente de todo cuanto dice relacion con el siglo presente, y de todas las miserables cuestiones que en él se agitan ; pues ni vemos ni podemos ver en el que Jesucristo enseñó, mas que una ley de amor y libertad, establecida para una sociedad espiritual, que no ha de hacer mas que pasar por la tierra sin contaminarse con ella, para ir á buscar la libertad, la gloria, y la inmortalidad

en su patria que está en los cielos. Esto solo queremos significar con nuestro título de CATOLICISMO NETO.

Ha venido principalmente esta triste corrupcion de que hemos hecho mencion, de haber desatendido las verdades capitales, por decirlo así, que Jesucristo enseñó, y nos comunicaron los apóstoles. En su lugar se han ido insensiblemente introduciendo preceptos y prácticas de tradicion ó invencion puramente humana, que aglomerándose de siglo en siglo, y adquiriendo con el tiempo los honores de la antigüedad, han llegado á formar un cuerpo monstruoso de doctrina errónea y falaz, que ha engendrado un espantoso conjunto de tan vanas como pomposas esterioridades. Esto, en verdad, ha lisonjeado siempre la imaginacion del vulgo, y se ha adaptado maravillosamente á los estravios de la multitud; pero nunca ha presentado á la razon del menos atento observador, mas que una viva y perfecta imagen del mas absurdo y descabellado gentilismo. Así es que todo aquel que afligido de este conjunto de futilidades por una parte, y de errores y mentiras por otra, ha probado á volver pié atras, y considerar los tiempos antiguos, si alguna que otra vez ha tenido que conceder, se ha visto mil veces forzado á negar. Con eso un sistema, ó forma de doctrina religiosa, fundado única y esclusivamente en lo que Jesucristo enseñó, ó fué por su Espíritu inspirado á sus apóstoles, y que estos nos dejaron por escrito, ha parecido al pronto resolverse todo en meras negaciones; y los sostenedores de todas las corruptelas no han dejado de acusar de destructores de toda religion á los que han querido sola y pura la de Jesucristo. Y no crean los que se propongan abrazar pura y simplemente la religion del Evangelio, que han de poder evitar semejante acusacion, pues habiendo de verse obligados á decir mas de una vez que *no son dioses los que son hechos de mano de hombre*, nunca han de faltar Demetrios que trafiquen en plata, y digan *que corre peligro no solamente que su profesion venga en descrédito, sino que el templo de la gran diosa Diana sea tenido en nada, y comience á ir por tierra la majestad de aquella, á quien toda el Asia, y el mundo adora*. Es verdad que no todos los que se abrigan á la sombra de ese magnífico templo tienen esos temores; y no les falta razon para estar confiados en la vida presente, porque deben conocer que su religion es demasiado terrestre y humana para que falte mientras haya hombres en este siglo. Tampoco creemos nosotros que tienen que temer su total ruina, y así no nos lisonjemos con que hemos de echar abajo la obra de la mano del hombre, porque estamos persuadidos de que bajo una ú otra forma durará hasta que venga El que es, El que era, El que ha de venir á destruirla con el sople de su boca y el resplandor de su venida. Contentarémonos, y daremos rendidas gracias al Señor, si hace que nuestras cristianas reflexiones caigan sobre una ú otra de aquellas almas que el Evangelio compara al buen terreno, las cuales recibiendo en sí algunos granos de la pura simiente que

el divino Sembrador vino á sembrar en el mundo, rindan sazonado fruto, quien á ciento, quien á sesenta, y quien á treinta, á gloria de Aquel que las preparó, y segun la voluntad soberana del mismo, que las hizo fructificar.

Nuestro objecto principal y directo es el hacer que las almas para quienes se sembró aprendan á distinguir el buen grano de la cizaña ; para lo cual nos atendremos á probar la catolicidad de la doctrina mostrándola espresamente contenida en las Santas Escrituras, ó de ellas evidentemente deducida. Es verdad que quien realmente la inculca en el alma, y la hace fructificar, es aquel mismo Espiritu divino que la inspiró, pero uno de los medios ordinarios, y el mas principal que para ello emplea, es la palabra escrita en los santos Libros ; por eso acudiremos esclusivamente á ellos, cuando queramos ó necesitemos una decision sin réplica ; y en nuestro tiempo con tanta mas razon, cuanto ahora con mas evidente motivo puede decir todo discípulo de Jesucristo lo que decia en el suyo S. Juan Crisóstomo (in Cap. 24. Math. hom. 49.) : " la heregia posée todo lo que posée la Iglesia ; templos, libro de Dios, obispos, sacramentos ; de modo que no hay diferencia exterior entre la casa de Dios y el mundo ; mas su verdadera diferencia está en Cristo. Así pues, el que quiera en semejante confusion discernir la verdadera Iglesia de la falsa, que lo haga por la Escritura. Este es el único medio para conseguirlo."

Ahora nuestros lectores se considerarán con derecho á que á lo menos en compendio les digamos cual es el grano puro de la doctrina que nosotros hemos hallado en las Santas Escrituras, y que tenemos por católica. Nosotros que no podemos menos de creernos obligados á satisfacerlos, les daremos como primer artículo de nuestra publicacion un compendio del resultado del exámen que sobre nosotros mismos hemos hecho, despues de haber-leido, estudiado y meditado las Santas Escrituras en la presencia de Dios, y confiados en la asistencia que á todos los que así lo hacen tiene prometida.

Suma de las verdades capitales del Cristianismo.

Cuando uno de los muchos que habian recibido beneficios del Salvador del mundo, durante su mansion en medio de los hombres, le manifestó el deseo de permanecer en su compañía, cuenta el evangelista S. Marcos (cap. 5, v. 19), que el Señor " no se lo concedió, sino que le dijo : véte á tu casa, á los tuyos, y cuéntales cuan grandes cosas te ha hecho el Señor, y la misericordia que contigo ha usado." Nosotros empero que deseáramos ir á los nuestros, no pudiendo, segun conciencia, vivir en medio de ellos para contarles cuanta misericordia ha usado tambien con nosotros, les hablamos por medio de esta publicacion, manifestándoles que viven en

nuestro corazon, y que abrigamos el sincero deseo de que acudan al mismo Señor, que no desea sino que le busquen los hombres para colmarlos de beneficios. Nacidos en el centro de las Castillas, y educados desde muy niños para hacer parte del clero, y habiéndola hecho en efecto, hemos como ellos vivido en las tinieblas del error, si no enteramente víctimas obcecadas por la atmósfera de supersticion que pesa sobre tantos nobles pechos como abriga el suelo español, bastante débiles al menos para no haber osado, con mas valentia que lo hicimos cuando aun en medio de ella viviamos, aceptar toda entera la verdad para desenmascarar completamente el error. Una vez pues que el Señor se ha dignado sacarnos de la casa de la servidumbre, contamos como la raiz y la suma de todos los beneficios que de él hemos recibido, el habernos hecho conocer que la pura y santa religion de Jesucristo se halla toda entera sola y exclusivamente en las Santas Escrituras: y ateniéndonos á este solo dato las hemos examinado en la presencia de Dios, y con la intencion sincera de no admitir respuesta en nuestras dudas de otro oráculo que el del Dios que en ellas habla. Hemónos preguntado:

Qué es Dios? Ese oráculo nos ha respondido que “Dios es Espíritu, y que es necesario que los que le adoran, le adoren en Espíritu y en verdad, (S. Juan, c. 4, v. 24): que es misericordioso y clemente, sufridor y de mucha misericordia, y veridico” (Exodo, c. 34, v. 6.) ¿Cual es su ley? “Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazon, y de toda tu alma, y de todo tu entendimiento. Este es el mayor y el primer mandamiento. El segundo semejante á este: Amarás á tu prójimo, como á tí mismo. De estos dos mandamientos depende toda la ley, y los profetas” (S. Mateo, c. 22, v. 37).

Siendo esto, cuanto ser puede, terminante y claro, nos hemos preguntado ann qué debemos pensar de esta ley, y si somos obligados á su observancia perfecta y en toda su estension, y nos ha sido respondido á lo primero: “que la ley en verdad es santa; y el mandamiento santo, y justo, y bueno,” (Ep. á los Rom. c. 7, v. 12.) y á lo segundo: que cualquiera que hubiere guardado toda la ley, y faltare en solo un punto, se ha hecho culpable de todo: porque el que dijo no cometerás adulterio dijo tambien: no matarás; y si matares, aunque no hayas cometido adulterio, eres transgresor de la ley:” (Ep. de Santiago c. 2. v. 10.) con esta amenaza que como sancion de la ley, nos ha sido hecha: “Maldito todo el que no permaneciére en todas las cosas que están escritas en el libro de la ley para hacerlas” (Ep. á los Galat. c. 3. v. 10.)

Es muy natural pensar que á vista de tan solemnes como inequívocas declaraciones, nos preguntariamos si eramos transgresores, y en tal caso, si podriamos salvarnos de esa maldiccion: El oráculo de Dios responde á cuantos se hagan semejante pregunta, lo primero: “Que todos están de-

bajo de pecado.....que todos se desviaron, á una se hicieron inútiles; que no hay quien haga bien, no hay ni uno solo” (Ep. á los Rom. c. 3. v. 9 &.) que “si dijéremos que no tenemos pecado nosotros mismos nos engañamos” (1. Ep. de S. Juan c. 1. v. 8): y lo segundo, en cuanto á salvarse: “que esto es imposible para los hombres: mas para Dios todo es posible” (S. Mat. c. 19. v. 26.) pues el mismo ha dicho: “Yo soy el que combato para salvar” (Isaias. c. 63. v. 1.)

A esto no hemos podido menos de desear saber si en efecto Dios tiene la voluntad de salvarnos, y si ha hecho alguna cosa para que eso se realice. El mismo nos responde: “No hay Dios justo, ni Salvador sino Yo. Convertíos á mí, y sereis salvos todos los términos de la tierra.....por mí mismo juré, saldrá de mi boca palabra de justicia, y no será revocada.” (Isaias c. 45. v. 21 &.) En cuanto á lo que ya tiene hecho para salvarnos, se nos dice: “que de tal manera amó Dios al mundo, que dió su Hijo Unigénito; para que todo aquel que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna: porque no envió Dios su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él” (S. Juan c. 3. v. 16. &.)

Quien es ese Hijo de Dios, qué ha hecho para salvarnos, cómo nos salva hemos querido saber, al tener conocimiento de tan consoladoras declaraciones. El sagrado libro nos ha respondido: Que el Hijo de Dios es Jesucristo “el resplandor de la gloria del Padre, y la figura de su substancia, que lo sustenta todo con su palabra poderosa”: (Ep. á los Hebr. c. 1. v. 3); que es Emmanuel, que quiere decir, *Dios con nosotros*” (S. Mateo, c. 1. v. 23): “Pontífice santo, inocente, inmaculado, segregado de los pecadores, y ensalzado sobre los cielos” (Ep. á los Hebreos c. 7. v. 26): El Ungido del Señor, para dar buenas nuevas á los pobres enviado, para sanar á los quebrantados de corazon, para anunciar á los cautivos redencion, y á los ciegos vista, para poner en libertad á los quebrantados, para publicar el año favorable del Señor y el día del galardón” (S. Lucas c. 4. v. 18): que para salvarnos “se anonadó á sí mismo tomando forma de siervo..... y se humilló á sí mismo, hecho obediente, hasta la muerte, y muerte de cruz” (Ep. á los Filipen, c. 2. v. 7); que nos salvó “porque nos amó, y se entregó á sí mismo por nosotros ofrenda y hostia á Dios en olor de suavidad” (Ep. á los Efes. c. 5. v. 2): de modo que “á aquel que no habia conocido pecado, le hizo pecado por nosotros, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él” (2. á los Corintios c. 5. v. 21).

Y si no podemos ser salvos de otro modo, cómo obtendremos esa salvacion tan maravillosa, hemos deseado saber. Ciertamente es que no podemos ser salvos de otro modo, pues del mismo oráculo hemos recibido la siguiente respuesta: “A este (Jesus) ensalzó Dios con su diestra por Príncipe y por Salvador, para dar arrepentimiento á Israel, y remision de pecados” (Hechos de los apóst. c. 5. v. 31); bien entendido que “no hay salud

ningun otro: porque no hay otro nombre debajo del cielo, dado á los hombres, en que nos sea necesario ser salvos" (Id. c. 4. v. 12). Para obtener esa salvacion "Crée en el Señor Jesus, y serás salvo tú y tu casa" (Id. c. 16. v. 30.) fué dicho al carcelero de Filipos; y á él y á cuantos en su caso se hallen de buscarla con sinceridad, se les tiene declarado que "de gracia son salvos por la fé, y que esto no viene de ellos, porque es un don de Dios" (Ep. á los Efesios c. 2. v. 8). Lo que quiere decir que "Jesucristo nos ha sido hecho por Dios sabiduria, y justificacion, y santificacion y redencion" (1. á los Corint. c. 1. v. 30.) que Dios hace brillar su amor en nosotros; pues aun cuando eramos pecadores, en su tiempo murió Cristo por nosotros" (Ep. á los Roman. c. 5. v. 8-9); y finalmente que eso "no es del que quiere ni del que corre, sino que es de Dios que tiene misericordia." (Ep. á los Rom. c. 9. v. 16).

¿Vendrá esa infinita gracia, nos ha ocurrido consultar, de que nosotros hayamos amado á Dios, ó á causa de nuestras buenas obras? Y hemos hallado terminantemente declarado en la palabra de Dios que "en esto consiste la caridad (esto es, el amor) no que nosotros hayamos amado á Dios, sino que él nos amó primero á nosotros, y envió su Hijo en propiciacion por nuestros pecados" (1 de S. Juan c. 4. v. 10.), pues en cuanto á buenas obras "aun cuando hubiéremos hecho todas las cosas que nos son mandadas, tendríamos que decir: Siervos inútiles somos, lo que debíamos hacer, hicimos" (S. Lucas c. 17. v. 10); de modo que es menester renunciar ó á confiar en la gracia, ó á confiar en las obras, porque está igualmente escrito que "Si es por gracia, luego no por obra: de otra manera la gracia ya no es gracia: y si es por obra, luego no por gracia, de otro modo la obra no seria obra" (Epist. á los Romanos c. 11. v. 6). (En la Vulgata latina, y or dconsiguiente en sus traducciones, se halla suprimida esta segunda parte del testo original.) De donde "concluimos que es justificado el hombre por la fé, sin las obras de la ley". (Ep. á los Roman. c. 3. v. 28). A mas de eso, está dicho: Vacios sois de Cristo (el sentido del original es: Cristo viene á ser inútil para vosotros) los que os justificais por la ley; habeis caido de la gracia" (Ep. á los Gálatas, c. 5. v. 4.)

Sin embargo esta doctrina de una salvacion tan gratuita, nos pareció al pronto, así como ha sucedido á muchos, que no enseñaba nada bueno, y que destruía la ley; pero el divino oráculo nos mostró lo que enseñaba, mediante estas palabras: "manifestóse á todos los hombres la gracia de Dios Salvador nuestro, enseñándonos que renunciando á la impiedad, y á los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, y justa, y piamente, aguardando la esperanza bienaventurada, y el advenimiento glorioso del grande Dios y Salvador nuestro Jesucristo" (Ep. á Tito c. 2. v. 11.) y vimos, como S. Pablo, que no destruimos la ley por la fé, sino que ántes establecemos la ley." (Ep. á los Roman. c. 3. v. 31.)

Hubiéramos aun dicho quizá que al menos nuestra fé misma, nuestras penas, nuestras aflicciones en este mundo habian de merecer algo para salvarnos ; pero no, porque ya habiamos visto que Dios solo es el que salva por su sola y pura voluntad, y mas que aun es una gracia dada, no tan solo el que creamos en él, sino que padezcamos tambien por él" (Ep. á los Filipen. c. 1. v. 26.) De modo que aun cuando nuestra sabiduria mundana nos sugiriese la idea de que no es còrdura el publicar así un perdon tan de valde, no dejaríamos de proclamar que Dios tiene por insensato el saber de este mundo ; y que por cuanto en la sabiduria de Dios no conoció el mundo á Dios por la sabiduria, quiso Dios hacer salvos á los que creyesen en él, por la locura de la predicacion de la cruz," (Ep. 1. á los Corint. c. 1. v. 21); de donde concluiríamos que ahora "no tienen nada de condenacion los que están en Jesucristo" (Ep. á los Roman. c. 8. v. 1.), puesto que ¿quien pondrá acusacion contra los escogidos de Dios, siendo Dios el que justifica? ¿Y quien el que condenará, siendo Jesucristo el que murió, el que tambien resucitó, el que está á la diestra de Dios, el que asimismo intercede por nosotros?" (Id. c. 8. v. 33.) Satisfechos así y reconocidos del conocimiento de este don inefable que Dios ha hecho al mundo, y aceptándole para nosotros mismos, y tributando al Dador de todo bien humildes y rendidas gracias por la gracia misma que nos ha hecho de aceptarle, confiados en la palabra irrevocable del que nos permitió llamarle Padre, cuando á los que recibieron al que él envió les dió el poder de ser hechos hijos suyos, aconsejaríamos, como lo hacemos, á cuantos en igual caso se hallasen que viviesen ya como hijos, que arreglasen sus obras á la voluntad del que los formó, al modelo del que los rescató, y á las inspiraciones del Espiritu que los santifica; y que obrasen obedeciendo, no ya con las miras interesadas de un mercenario que aguarda un salario, por el cual solo trabaja, sino con la espontaneidad noble de un hijo de la casa, que lo tiene todo de su Padre, y que ama porque fué amado.

Es verdad que nosotros ahora, así como en todo tiempo lo han sido cuantos han querido tomar por regla única de su fé la santas Escrituras, seremos acusados de despreciar la Iglesia ; pero ante todo es necesario que sepamos que la verdadera Iglesia de Jesucristo es aquel pueblo de adoradores en Espíritu y verdad, que Dios sin sacarlos del mundo, se ha separado para sí de todas las naciones de la tierra, "para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia por su bondad sobre ellos en Jesucristo, bajo cuyos piés sometió todas las cosas, y le puso por cabeza sobre toda la Iglesia, la cual es su cuerpo, y el cumplimiento de Aquel que lo llena todo en todas cosas" (Ep. á los Efesios, c. 1. v. 22. y c. 2. v. 7), y que esta creemos y esta respetamos. Creemos asimismo que esta Iglesia santa es indefectible ó indestructible, y que por lo mismo las puertas del sepulcro no prevalecerán sobre ella, porque estamos ciertos de que jamas dormirá

el que guarda á Israel. En consecuencia estamos libres de aquellos vanos temores de ciertos creyentes que no creen, puesto que á cada paso se figuran ver la ruina del templo de Dios, de la columna de la verdad : que la ven temblar en sus bases si los hombres la miran de cerca, si adelantan las ciencias, si las naciones se emancipan, si el órden social se altera : que no creen seguro el templo de Dios, si no le han dado el miserable apoyo de las hogueras de la Inquisicion, ó la espada de algun tirano. Nosotros al contrario, por la firmeza de la fé que tenemos en la indefectibilidad de la Iglesia de Jesucristo, queremos que positivamente se reconozca á cada criatura racional el indisputable derecho de servir á Dios segun su conciencia ; no tanto porque por una eterna obligacion de justicia debemos querer para los otros lo que racionalmente para nosotros queremos, cuanto por que la fé y la Religion de Jesus pierden mucho, y reciben una gravísima ofensa en asimilarlas á las religiones del error, que no pueden sostenerse en la presencia de la verdad, y que solo triunfan cuando tienen de su parte la fuerza civil, y la ley que con la fuerza material tapa la boca al que contradice.

De esta Iglesia no recibimos decisiones, por la simplicísima razon de que ella no ha dado nunca decisiones, sino que las ha recibido de su divino Maestro, que por sí mismo las dió, ó por su Espiritu las inspiró á sus ministros, y profetas, los cuales nos las dejaron consignadas en las Santas Escrituras. Por eso sometemos á ellas las decisiones de cualquiera persona ó corporacion que sea, porque esos santos libros tienen su autoridad de Dios mismo que los ha inspirado, y que en su misericordia los ha dado á los grandes y á los pequeños, á los ricos y á los pobres, á los sabios y á los ignorantes para que en la lectura, en la meditacion, en el estudio serio de ellos, puedan hallar el medio y aprender el modo de amar á Dios, adorarle y servirle en Espiritu y verdad, como él quiere ser amado, adorado y servido. Queremos en consecuencia que cada cristiano escudriñe estos santos escritos, porque Jesucristo mismo nos dice que ellos son los que de él dan testimonio, (S. Juan c. 5, v. 39) ; porque queremos que cada cual sepa en quien ha creído, y se ponga en estado de poder responder á todo el que le demandare razon de la esperanza que tiene (1. de S. Pedro c. 3, v. 15). Queremos que esté persuadido de que nadie sobre la tierra tiene poder ó autoridad legítima para añadir, quitar, ó alterar nada de estos santos libros, ni para negarlos á persona alguna de las que quisieren examinarlos, leerlos y estudiarlos para instruirse en la voluntad de Dios, que en ellos nos es revelada : y de que tales como han venido hasta nosotros son útiles para enseñar, para reprender, para corregir, para instruir en la justicia, á fin de que el hombre de Dios sea perfecto, y esté prevenido para toda obra buena.

Creemos asimismo que Jesucristo dió á su Iglesia apóstoles, profetas,

evangelistas, pastores y doctores; que de aquellos que enviò á anunciar el reino de Dios dijo: "Quien á vosotros oye á mi oye, y quien á vosotros desprecia á mi me desprecia." Sabemos que San Pablo nos exorta á mostrarnos obedientes y sumisos á nuestros conductores, y así queremos hacerlo, y que cada cristiano lo haga; pero sabemos tambien, advertidos por el Evangelio mismo, que así como hubo en el pueblo de Israel falsos profetas, tambien habría en la Iglesia falsos doctores, que introducirían sectas de perdicion.....que apostatarían de la fé, dando oídos á espíritus de error...que con hipocresía hablarían mentira...(1. á Timot. c. 4. v. 1. &c.) y nos creemos por tanto autorizados á distinguir entre doctor y doctor, obligados en una palabra á discernir los espíritus, á probarlos, si son ó no de Dios; y los probamos confrontando sus doctrinas con las del Evangelio.

Con arreglo á estos principios hablaremos siempre á nuestros lectores, y así les espondremos el catolicismo, seguros de que cualquier otro catolicismo que no se apoye en las verdades declaradas en las Santas Escrituras es no solo falaz é indigno del Dios que habla en ellas, sino que además será en ruina de aquel culto en Espiritu y verdad que Dios espresamente pide, porque acostumbrará á los hombres á una religion de formas y de esterioridades, como han sido y son todas las que han buscado un apoyo en las tradiciones é invenciones humanas.

Abuso de las Santas Escrituras.

Todo el mundo sabe que la circulacion de las Santas Escrituras no es libre en España, ni en otros países en donde verdaderamente domina ese catolicismo degenerado que quisieramos ver reducido á la religion pura del Evangelio. No queremos decir con esto que en España, ó en otros países que sufren igual yugo, no puedan encontrarse las Santas Escrituras; sino que su traduccion, su impresion, y su publicacion están sujetas á tales restricciones, que de ellas resulta que la circulacion y el conocimiento de estos santos escritos se hallan reducidos á un muy limitado número de personas. En primer lugar, por decreto del concilio tridentino no puede imprimirse la Biblia en lengua conocida del pueblo, si la traduccion no va acompañada del testo latino de la vulgata, lo que hace ya, para la impresion, dos Biblias. Además de eso, no puede tampoco ver la luz pública traduccion de ninguna especie, si no va acompañada de notas, comentarios, ó esplicaciones de todos aquellos pasages del testo, que el traductor crea necesitarlas, ó porque le parezcan oscuros para la inteligencia del pueblo, ó porque en su sentido obvio presenten doctrinas contrarias á las que enseñan los que él llama su Iglesia. De estos últimos pasages es de los que especialmente se dice que el pueblo puede abusar; y

como son muchos, dan ocasion á numerosas notas, que hacen, quando menos, otra Biblia en quanto al bulto de la obra, el coste de impresion &c. Resulta siempre de aquí una obra voluminosa, á veces extraordinariamente, y siempre lo bastante para ser cara, y de consiguiente fuera del alcance de los medios del comun del pueblo. De este modo, y por esta sola causa, aun quando no hubiera otras, como las hay, queda la circulacion de los libros del Cristianismo suprimida entre el comun de los cristianos, para quienes cabalmente se escribieron. Hablando de estos santos libros decia S. Jerónimo (sobre el salmo 86): “Platon, es verdad, ha escrito tambien libros, no para los pueblos, sino para los hombres; y apenas tres hombres los entienden: mas los primeros doctores de la Iglesia cristiana no han escrito para un corto número de hombres, sino para todo el pueblo.” Este pueblo, pues, es el que precisamente por estos medios se halla privado de ellos.

Es muy natural pensar que para decidirse á poner todas estas restricciones y cortapisas al libre curso de la palabra que Dios nos ha dejado escrita, para rodearla de tantas y tan minuciosas precauciones, que no parece sino que trae consigo algun veneno escondido, haya de haber habido razones muy poderosas. En efecto, los que han puesto las cosas en estos términos lo sostienen así, y las alegan con satisfaccion. No es nuestro ánimo el referir aquí todas esas razones especiosas, cosa que podremos examinar con el tiempo: ahora nos contentamos con uno solo de sus alegatos, por ser el principal, y el que mas apariencias presenta de legítimo, en quanto parece inspirado por el respeto mismo que se debe al sagrado libro. Dicen pues que si se dejan correr libremente las Santas Escrituras, se abusará sin remedio de ellas, y que por lo tanto es muy justo, y muy proprio del respeto que se les debe, el que se tenga en consideracion á quien se dan, cómo se dan, y por qué se dan. Tal vez creerán nuestros lectores que ahora vamos á negar el supuesto de este alegato, á saber, que se puede abusar, y que se abusa de los santos escritos; pero se engañan, porque no escribimos este artículo, ni escribiremos otros que se le parezcan, sino con la mira de hacer ver prácticamente que se abusa de ellos, y de un modo escandaloso; mas al mismo tiempo haremos ver tambien que si así se abusa, es á causa misma del remedio que para impedirlo han adoptado los corruptores de todo verdadero cristianismo. En verdad que el abuso, por lo menos tan escandaloso como hasta el dia de hoy ha corrido, desapareceria por la mayor parte, si se hiciera todo lo contrario de lo propuesto, esto es, si se procurase que la circulacion de los libros sagrados fuera tan libre, y su adquisicion tan fácil y tan al alcance de todo cristiano, que no hubiese uno, por pobre que fuese, que no tuviera en su casa un ejemplar de ellos, y que no supiese que el divino y supremo Pastor de la Iglesia quiere, no solo que se lean, sino que se estudien, se examinen, y se registren

con la atencion y escrupulosidad del que escudriña, pues esta es la voz de que se sirve, cuando en el capítulo 5º del evangelio de S. Juan v. 39 dice á la multitud de sus oyentes: "Escudriñad las Escrituras, en las que vosotros creéis tener la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí."

Se abusa pues de las Santas Escrituras, y para probarlo no citaremos ahora mas que un solo ejemplo de entre los varios modos que hay de abusar de ellas; este es el de aquellos traductores que vierten el original, no segun la verdadera y conocida significacion de la palabra que en él se encuentra, sino segun la significacion que ellos desearan que tuviese, para que sirviera de apoyo á su propia opinion sobre la materia, que quisieran apoyar en el testo. En esto, ademas del gran desacato que se hace al Espíritu de Dios que inspiró las santas Escrituras, hay un doble crimen, el de ocultar la verdad de Dios, y el de poner en su lugar el error del hombre.

Todo el mundo sabe que en español la palabra *penitencia* significa cualquiera obra penal que se nos impone ó que nos imponemos para mortificar nuestro cuerpo en alguno de sus sentidos, ó nuestra alma en alguno de sus afectos ó pasiones, con el objeto ó de ganar algun mérito que deseamos adquirir, ó de satisfacer por algun demérito en que hemos incurrido, y que creemos necesitar espiacion por nuestra parte. No hay católico romano que poco mas ó menos no tenga esta idea de lo que es penitencia, y de que con ella satisface en parte por sus pecados: y esta idea de satisfaccion es la que domina en la materia, pues aun el confesor, cuando administra lo que se llama sacramento de la penitencia, tiene cuidado de advertirlo espresamente al que se ha confesado, diciéndole: en penitencia satisfactoria hará V. esta ó la otra obra de mortificacion que yo le impongo.

Así *hacer penitencia* no es para ningun español otra cosa que practicar algunas de las mortificaciones de aquellos personajes célebres que se veneran con el nombre de Santos. San Patricio, que leía los Salmos durante la noche metido en agua fria; Santa Teresa, que se fustigaba con ortigas y se revolcaba entre las espinas; Santa Rosa, que ademas de rodear su cuerpo con un cilicio compuesto de puntas de agujas, dormia en una cama hecha de nudosos leños emparejados, cuyos intersticios llenaba de cascotes de platos, tazas y botellas, hacian simplemente penitencia; y los historiadores de estos personajes lo recuerdan con admiracion, y los doctores de la Iglesia de Roma nos lo proponen para nuestra imitacion. Mas si en esta materia se hubiese de tomar la palabra *católico* ó *universal* en toda su estension, por *comun* á todos los hombres y á todos los tiempos y lugares, la doctrina en que estas prácticas se fundan no desmereceria el título de católica, porque en todos tiempos y lugares ha creído el orgullo del hombre que con sus obras penales y mortificaciones de su invencion, ó de la de sus conductores espirituales, podria satisfacer á la justicia de Dios ofendida y

adquirirse su favor y amistad. Así es que esas prácticas han sido comunes á casi todas las religiones del paganismo, y hasta el día de hoy en mortificarse y martirizarse con penitencias bárbaras y atroces dejan muy en mantillas á S. Patricio, Santa Teresa y Santa Rosa los faquires de la India, y los devotos de otras naciones idólatras. Mas los doctores de Roma en esta parte no se contentan con que esta su doctrina sea reconocida por católico-pagana, sino que pretenden hacerla pasar por católico-cristiana, lo que no es de ningún modo, y la prueba es que para que pueda apoyarse como tal en la palabra de Dios, han falsificado en diversas traducciones, ó, han consentido en que se falsifiquen, varios textos de las Santas Escrituras que han parecido propios para ello, y no se hubiera pensado en semejante falsificación, si en ellas se hubiesen hallado pasajes que la enseñasen.

En las dos Biblias españolas mas conocidas en el día de hoy, traducciones de la vulgata latina, que son la del P. Scio de S. Miguel y la del obispo Torres Amat, se hallan los siguientes textos, 1º. *Facite ergo fructum dignum penitentiae* (S. Mat. c. 3 v. 8.) 2º. *Fuit Joannes in deserto baptizans, et predicans baptismum penitentiae* (S. Mar. c. 1. v. 4.) 3º. *Et venit in omnem regionem Jordanis predicans baptismum penitentiae* (S. Luc. c. 3.v.3.) traducidos así : 1º. “Haced pues fruto digno de penitencia :” 2º. Estaba Juan en el desierto bautizando y predicando el bautismo de penitencia :” 3º. “Y vino por toda la región del Jordan predicando bautismo de penitencia.” Ahora bien, no habrá español que lea estos textos que no entienda que Juan imponía á los pecadores el precepto de ayunar, mortificarse, ó privarse de cualquier goce ó placer de esta vida, y que no crea que esos son los frutos dignos de penitencia de que hablaba, pues *predicar bautismo de penitencia* no puede presentar otra idea, que la de anunciar á los pecadores que bautizaba la necesidad de estas obras ú otras semejantes. Mas ni el original griego, ni la traduccion latina aprobada por la iglesia de Roma dicen eso, porque ni la palabra española *penitencia*, ni la espresion *hacer penitencia* significan, ni lo que la palabra griega, ni lo que la palabra latina *pœnitentia*, ó la espresion *pœnitentiam agere* ; de modo que los traductores no solo han menospreciado la palabra que inspiró el Espíritu de Dios al escritor original, sino tambien la palabra y espresion latina, que aprobó su iglesia como competente é idonea para dar el sentido del original. Esta falsificación no se estiende solo á poner en boca del Bautista un precepto que él no imponía á las personas que bautizaba, sino que los traductores la hacen extensiva á las palabras formales del mismo Jesucristo. Contaban al Señor algunos de los circunstantes el fin trágico de ciertos Galileos, á quienes Pilato habia hecho degollar mientras estaban ellos ocupados en ofrecer sus sacrificios. El Salvador que no perdía oportunidad alguna de instruir á sus oyentes, é inculcarles las saludables verdades que les importaba conocer, les respondió así : “¿Pensais que esos

Galiléos eran mas pecadores que todos los otros, por haber padecido tales cosas? Os digo que no; mas si vosotros no os arrepintiereis, todos perecereis de la misma manera" (S. Luc. c. 13. v. 3). En otra ocasion (S. Mat. c. 4. v. 17.) otro Evangelista se explica así: "Desde entonces comenzó Jesus á predicar y decir: "Arrepentíos, porque se ha acercado el reino de los cielos." Mas en lugar de estas palabras que hemos notado han puesto los traductores estas otras en boca del Señor: "Si no hicieréis penitencia todos perecereis" y "Haced penitencia, porque se ha acercado el reino de los cielos;" de modo que las prácticas, ya bárbaras, ya absurdas, á que el extravío del sentimiento religioso ha conducido en diferentes tiempos á los fanáticos del paganismo, se hallan aquí no solo autorizadas, sino espresamente requeridas como necesarias para la salvacion por Jesucristo mismo.

Ya quisieramos nosotros que este desacato hecho á la palabra de Dios pudiera imputarse á mera ignorancia de los traductores, porque al fin esta puede desaparecer con instruirse; pero desgraciadamente es efecto de otra causa peor, á saber, de la preferencia que dan los doctores de la iglesia de Roma á sus decisiones sobre las doctrinas del Evangelio: de manera que en vez de creerse obligados á acomodar aquellas decisiones á lo que este enseña, hacen todo lo contrario; para ellos las decisiones de su iglesia son los datos, los puntos fijos de que no es lícito separarse un punto, y las declaraciones de las Santas Escrituras se han de arreglar á estos datos, esto es, se han de explicar, entender é interpretar segun ellos. Así, del dato fijo é indubitable para ellos de la necesidad de las obras penales, ayunos, cilicios, mortificaciones, austeridades &c. sentado por su iglesia concluyen, no solo que en el Evangelio no ha de hallarse cosa en contrario de esta doctrina, sino que se ha de hacer ver que requiere estas prácticas: para ello se ponen en boca, ó de los apóstoles ó de Jesucristo mismo, palabras que las recomiendan, y aun que las mandan, cuando en algun testo aparece oportunidad para hacerlo así con alguna apariencia de verisimilitud, como en los que hemos citado. La semejanza exterior de las espresiones latinas *pœnitentia* y *pœnitentiam agere* con las voces españolas *penitencia* y *hacer penitencia*, les ha bastado para la tergiversacion del sentido, cuando sabian que en cuantas ocasiones se presentan en las Santas Escrituras significan *arrepentimiento*, ó *arrepentirse*, *mudar de parecer* ó *de dictámen*, *convertirse*, volver pié atras de la conducta que uno tenia, con dolor y pesar de haberla tenido, y resolucion de no volver á tenerla mas. Esto es lo que el Bautista inculcaba á sus oyentes, como puede verse, si se examina lo que les decia, mas por menor. En efecto, si se examina el cap. 3. del Evangelio de San Lucas desde el versículo 9. se verá que cuando Juan Bautista anunciaba á las gentes que todo árbol que no hace buen fruto seria

cortado y echado en el fuego, no entiende en esto hablar de frutos de penitencia, como ayunos, abstinencias, mortificaciones, sino de frutos de arrepentimiento y conversion, obras en que se conozca que están arrepentidos de su mala conducta, por las que se vea que el avaro se convierte en liberal, el injusto y estafador en equitativo y moderado, y el violento en pacífico y comedido. Así es que cuando (v. 10) *le preguntaban las gentes y decian ; Pues qué haremos ? él (v. 11.) respondiendo les decia : el que tiene dos vestidos dé al que no tiene ; y el que tiene que comer, haga lo mismo. Cuando (v. 12.) vinieron á él publicanos para que los bautizase, y le dijeron : Maestro, qué haremos ? él (v. 13.) les dijo : No exijais mas de lo que os está ordenado. Cuando [v.14.] le preguntaban tambien los soldados, diciendo : " y nosotros, qué haremos ? él les dijo : No maltrateis á nadie, ni le calumniéis, y contentaos con vuestro sueldo : esto es, que cada cual se arrepienta y se convierta de su mal camino ; mas no les habló una palabra de ayunos ó mortificaciones, en fin, de nada de lo que se entiende por hacer penitencia.*

Hemos dicho tambien que los traductores conocian la verdadera significacion de estas palabras latinas, y nos importa el que nuestros lectores sepan que esto es así, y que vean que en otros textos han traducido bien, dando á las mismas espresiones la significacion que nosotros les damos. Con esto los que no tuvieron oportunidad de informarse por sí mismos en los diccionarios de la lengua, quedarán convencidos de que no les damos una interpretacion de nuestra propia fantasia, sino una que han reconocido sus propios doctores, y que ellos mismos dan cuando les parece, como particularmente sucede en aquellos casos en que la espresion española *hacer penitencia* daria al testo un sentido absurdo ó estravagante. Citarémos algunos ejemplos. En el cap. 17. v. 3. y 4 del Evangelio de S. Lucas se halla este pasage: "Si pecare tu hermano contra tí, corrígele, y *si se arrepintiere* [si pœnitentiam egerit,] perdónale. Y si pecare contra tí siete veces al dia, y siete veces al dia se volviere á tí diciendo : *me pesa* [pœnitet me] perdónale." Segun dejamos notado, aquí la espresion *si pœnitentiam egerit* ha sido bien traducida por *si se arrepintiere*, pues si se hubiera hecho la falsificacion que se hizo en los otros textos por la espresion *si hiciere penitencia*, se tendria el absurdo sentido de que cuando hubiéremos hecho alguna ofensa á nuestro hermano, se nos imponia la obligacion de ayunar, mortificarnos, azotarnos &, cuando lo que racionalmente puede ex:girsenos, como en efecto el Señor lo exige, es que reconociendo nuestro injusto proceder, lo manifestemos así con arrepentimiento y dolor á la parte ofendida, la cual por otra parte nada tiene que ver con nuestros ayunos, abstinencias ó mortificaciones. En el cap. 21 del evangelio de S. Mateo se halla una parábola que principia así [v. 28.] : " Un hombre tenia dos hijos, y llegando al primero, le dijo : Hijo, vé hoy y trabaja en

mí viña. Y respondiendo él le dijo: No quiero; mas despues *se arre-pintió* [poenitentia motus] y fué. “Aquí tambien la voz latina ha sido bien traducida, pues ¿qué estravagante sentido no hubiera dado el testo, si haciendo la misma falsificacion que en los otros, se hubiera dicho: *mas despues hizo penitencia*, ayunó, se mortificó, se azató y fué á trabajar á la viña &? Por una razon igual han traducido asimismo bien en el caso de Judas. En el cap. 27 del mismo Evangelio v. 3 se dice.” Entonces Judas, que le habia entregado, cuando vió que habia sido condenado, *movido de arrepentimiento* [poenitentia ductus] volvió las treinta monedas de plata á los príncipes de los sacerdotes y á los ancianos, diciendo: “He pecado, entregando la sangre inocente.” Se concibe bien que Judas, movido de pesar y de arrepentimiento, se volviese desesperado á los príncipes de los sacerdotes á tirarles su infame dinero á la cara; mas si aquí se hubiera dado á la palabra latina *poenitentia* la significacion que tiene la voz *penitencia* en español, quizá los lectores hubieran entendido que Judas se volvió á los sacerdotes con el deseo de ayunar, azotarse con ortigas, rezar los salmos metido en agua fria, y por fin dormir en una cama hecha con cascós de tazas, platos y botellas; lo que hubiera presentado un singular sentido.

A todo esto se nos dirá que acusamos de mala fé á los traductores de la Biblia, que los Españoles veneran, de lo que no puede seguirse utilidad alguna. A esto respondemos que si por mala fé se entiende el deseo de engañar á sabiendas por mantener á sus discípulos en el error, no los acusamos de tal, porque no tenemos datos para ello; antes los tenemos para creerlos hombres honrados, timoratos y llenos de celo, que han trabajado en la traduccion de las Santas Escrituras con el deseo de que sean conocidas, aunque con las cortapisas que los gefes de su secta han tenido la triste idea de adoptar contra la libre circulacion de ellas. Mas si por mala fé se entiende una fé mala, esto es, una fé indebida, una fé en quien no se debe tener absoluta, no podemos de modo alguno tener su fé por buena, pues en ese modo de traducir ó de interpretar la palabra de Dios, como se ha visto, se han dejado llevar mas bien de las decisiones de sus gefes, que desdichadamente aceptan como infalibles, que de las palabras del Evangelio, que las contradice ó no las aprueba. La utilidad que de esto han de sacar los religiosos españoles es el saber que tienen necesidad de examinar por sí mismos lo que se les enseña, porque como dice el apóstol San Pablo (Galat. c. 6, v. 5) “Cada cual llevará su propria carga” y si sus conductores han de responder ante Dios de lo que enseñan, ellos deberán responder de lo que reciben y de como lo reciben, pues los unos y los otros han de ser juzgados; y el juez, ni son ellos ni sus Doctores—Jesucristo mismo ha dicho: “La palabra que yo he hablado, ella le juzgará en el día postrimero” (S. Juan c. 12, v. 48). No crean tampoco que con tener el

ojo abierto, y examinar lo que se les enseña á la luz de esa palabra que los ha de juzgar, y que se halla contenida en los libros santos, faltan al respeto que deben á sus conductores, pues que estos mismos, si son sinceros y desean el bien de sus almas les aconsejarán este exámen. S. Ambrosio (epist. 47) decia: "Yo considero como una gracia el caso en que aquel que lee mis obras me comunica las dudas que pueden ocurrirle sobre mis opiniones: pues á veces en aquello mismo que yo creo estar mas instruido puedo errar; ¡ cuántas verdades hay que se me escapan"! Conjuro á todos mis oyentes, decia Orígenes (Hom. 11, Ezech.) á que redoblen su atencion, é imploren la gracia del Espiritu Santo, para que no dejen de advertir cuando su Doctor se engaña, y cuando por el contrario habla segun la verdad y la piedad:" y un doctor mucho mas autorizado que estos, S. Pablo, se referia tan esclusivamente á la palabra anunciada por él y sus compañeros los apóstoles, que decia á los cristianss de Galacia (Galat. c 1, v. 8:): "Aun cuando nosotros ó un ángel del cielo, os evangelice fuera de lo que nosotros os hemos evangelizado, sea anatema."

Se nos dirá por último que, puesto que los doctores de la iglesia de Roma enseñan que para el sacramento de la penitencia se requiere el arrepentimiento, se signe que cuando traducen las palabras del Evangelio ya citadas por *haced penitencia*, enseñan virtualmente que es necesario arrepentirse. La respuesta á esta escusa para justificar su infidelidad en producir los oráculos de Dios, alargaria demasiado este artículo, y la dejamos para que sea materia de otro en el número siguiente de nuestra publicacion, si nos fuere dado el continuarla.

EL SANTO EVANGELIO

DE N. S. JESUCRISTO, SEGUN S. JUAN,

EXPLICADO.

Es generalmente sabido que este evangelio fué escrito en tiempo bastante posterior al de los otros. A mas de los hechos principales de Jesucristo, parece que S. Juan, se propuso el darnos una relacion de varias cosas que habian omitido los otros evangelistas. Este se detiene mas en lo que puede llamarse misterios del Hijo de Dios, y refiere muchos mas de los discursos de él al pueblo, y á sus discípulos. Aquellos hablan de un modo mas especial de las cosas corporales y terrestres concernientes al Señor; S. Juan se detiene mas en las espirituales: aquellos nos dan una historia en que resalta particularmente el Salvador del pueblo de Israel, este nos da una mas especial del Salvador del mundo, Cabeza de la Iglesia.

El testo de este Evangelio, que con la ayuda de Dios nos proponemos explicar, le tomamos de una version cotejada con los antiguas versiones

españolas, y revisada con arreglo al original griego, que acaba de publicar la Sociedad para promover los conocimientos cristianos. Esto lo hacemos porque habiendo de dar todo el testo del Evangelio, preferimos el que es mas fiel que el de las versiones anteriormente conocidas, aunque de pocos, en España. Sin embargo en las citas sueltas que nos ocurriere hacer de las Santas Escrituras, tanto en esta esplicacion como en cualquiera de las materias que tratáremos, haremos uso de las versiones de Scio, ó de Amat, conocidas ya de un cierto número de personas en España, y que las que pudieren pagar su coste pueden hallar en las librerías, ó consultar en las bibliotecas las que no.

CAPITULO I°.

Generacion eterna y encarnacion del Hijo de Dios. Testimonio de Juan Bautista, y manifestacion que Jesucristo hace de sí mismo á sus primeros discípulos.

En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios.

2 Él estaba en el principio con Dios.

3 Por él fueron hechas todas las cosas: y sin él no se ha hecho cosa alguna de cuantas han sido hechas.

4 En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres:

5 Y esta luz resplandecè en las tinieblas, y las tinieblas no la han recibido.

Dáse á este libro el nombre de Evangelio á causa de lo que en él se contiene. *Evangelio* quiere decir *buenas nuevas*; y en verdad que no puede haberlas mejores para el mundo, que hacerle saber, como lo hace este libro (c. 3. v. 16), que “de tal manera amó Dios al mundo que dió á su Hijo Unigénito, para que todo aquel que crée en él, no perezca, sino que tenga vida eterna.” Tambien en general suele entenderse por Evangelio toda la Santa Escritura, porque toda ella concurre á hacernos conocer este mismo personage. Este evangelista le llama en los primeros versículos *el Verbo*, que significa *la Palabra*. Los traductores Españoles han conservado la voz *Verbo* del latin; mas es preferible la voz castellana *palabra* porque aquella no conserva en nuestra lengua mas que un significado técnico entre los gramáticos y los teólogos, que no entiende el comun de los fieles, para quienes principalmente se escribieron las Santas Escrituras. Este nombre debe recordarnos que así como por la palabra da el hombre á conocer lo que es, y lo que abriga en su corazon, así Jesucristo, habiéndonos en su doctrina, y en su propia persona y acciones manifestado lo que es Dios, es realmente para los pecadores su palabra, la manifestacion

que nos hace de que para cuantos en él confían no es Dios mas que amor. Esta manifestacion, que en Jesucristo nos hace ahora Dios de sus designios, no es como la que antes ha podido hacernos mediante la creacion de cielos y tierra, que anuncian su gloria, ó mediante sus antiguos profetas, que solo nos hicieron esperar la venida del Santo y del Justo. Ahora se nos explica por su propio Hijo, palabra increada, cuya generacion eterna nos refiere el Evangelista diciéndonos que esta Palabra era en el principio, que estaba con Dios, y que era Dios: que ella hizo todas las cosas, de suerte que nada de lo criado reconoce otro Hacedor. La principal doctrina que en esto se nos inculca es la de la divinidad de Jesucristo, y su consiguiente coeternidad con el Padre: doctrina que se nos propone para que la creamos, como un hecho que nos importa conocer; pero sin explicaciones de ninguna clase, ó bien porque en esta vida no podríamos entenderlas, ó bien porque aun entendidas no nos serian necesarias.

Adviértase ahora que así como Jesucristo dijo de sí mismo en otra parte (c. 8. v. 12.) “Yo soy la luz del mundo” así anuncia el Evangelista aquí que de él viene la luz de los hombres: y así es en efecto en cuanto de él viene en los hombres la luz de la razon y de la conciencia. En los Proverbios está dicho (c. 20. v. 27.) que “el espíritu del hombre es una antorcha divina.” De él viene tambien la luz de la revelacion, pues aun los antiguos profetas, como dice S. Pedro en su primera epístola católica (c. 1. v. 11.), anunciaban lo que inquirian por medio del Espíritu de Cristo, que estaba en ellos. Y esa Palabra misma, revestida de nuestra humanidad, y conversando con nosotros hasta el día de hoy mediante las Santas Escrituras, es todavia luz amplia y completa para cuantos sinceramente las reciben. Esta luz sin embargo luce entre tinieblas, esto es, despues de la degeneracion original de la especie humana en su tronco mismo que fué Adam, está oscurecida en la razon y la conciencia, y degradada en la voluntad del hombre por el pecado. Así aunque es de esencia de la luz el aujentar las tinieblas, no produce en todos los hombres este efecto, porque la luz es como si no fuese para aquel que cierra los ojos, amando mas las tinieblas que la luz; y en eso está precisamente la culpa. “Esta condenacion (juicio) consiste, dice el mismo Evangelista (c. 3. v. 19), en que la luz vino al mundo, y los hombres amaron mas las tinieblas que la luz.” No quiere decir esto que la luz de la razon sea en todo tinieblas; no, la razon de los hombres es despejada y clara en todo lo que tiene relacion con sus intereses temporales; y aun segun el dicho de Jesucristo mismo (S. Luc. c. 16. v. 8,) “los Hijos de este siglo son en sus negocios mas sagaces que los Hijos de la luz.” No es tampoco toda tinieblas en el conocimiento meramente teórico del Criador. El Apóstol S. Pablo en su carta á los Romanos (c. 1, v. 20.) nos dice: “las cosas de Dios invisibles, se ven despues de la creacion del mundo, considerándolas

por las cosas criadas, aun su virtud eterna y su divinidad; de modo que *los hombres* son inescusables;” mas estas tinieblas de ellos consisten en que, como dice el mismo Apóstol (v. 21,) “aunque conocieron á Dios, no le glorificaron como á Dios, ó dieron gracias; antes se desvanecieron en sus pensamientos, y se oscureció su corazón insensato.”

6 Hubo un hombre enviado de Dios, que se llamaba Juan.

7 Este vino como testigo, para dar testimonio de la luz, á fin de que por medio de él todos creyesen:

8 No era él la luz, sino enviado para dar testimonio de la luz.

9 Era la luz verdadera, que alumbra á todo hombre que viene á este mundo.

10 En el mundo estaba, y el mundo fué por él hecho, y el mundo no le conoció.

11 Vino á lo suyo, y los suyos no le recibieron.

12 Pero á todos los que le recibieron, que son los que creen en su nombre, dióles poder de llegar á ser hijos de Dios:

13 Los cuales no nacen de la sangre, ni de la voluntad de la carne, ni de la voluntad del hombre, sino que nacen de Dios.

El carácter con que se nos presenta ese personage llamado Juan, de quien se principia á hablar en el versículo 6, es todavia el de un profeta de la ley; aqui se nos anuncia como enviado de Dios para servir de testigo á la luz, á fin de que como testigo presencial anuncie la aparicion de ella á todo hombre indistintamente, para que cualquiera sin distincion de personas pueda creer. Se nos hace en el versículo 8º la advertencia de que Juan no era la luz, sino enviado para dar testimonio de ella; y esto, para precavernos de la perniciosa tendencia que tenemos á tomar al siervo por el Señor. Somos tan materiales que como la voz del ministro es la que inmediatamente hiere nuestro oido, propendemos desdichadamente á darle á él la gloria, casi olvidando al Señor que le envia. Dícese en el versículo 9º que esta verdadera luz alumbra á todo hombre que viene á este mundo, y pudiera desearse saber en que sentido puede decirse que Jesucristo alumbra á todo hombre. Sobre esto hay que advertir en primer lugar que del original griego se puede hacer, respecto de ese versículo, otra traduccion en estos términos:” *Esta* era la luz verdadera que, viniendo al mundo, alumbra á todo hombre.” En efecto, puede decirse que Jesucristo en el mundo alumbra á todo hombre: como palabra in-creada y eterna los alumbra á todos, aun tomados individualmente, por

medio de las luces de la razon y de la conciencia; de modo que aun los que no tienen mas que esta luz, como dice S. Pablo (Roman. c. 2. v. 15,) "hacen ver que lo que la ley ordena está escrito en sus corazones, como se lo atestigua su propia conciencia, y las diferentes reflexiones que en su interior ya los acusan ya los defienden:" como palabra revestida de nuestra humanidad, alumbra con la luz de su evangelio á todos los hombres, no á cada individuo en particular, pues muchos cierran los ojos lastimosamente, y muchos no han tenido de él noticia, sino á toda clase de hombres, sin acepcion de personas, sean Judíos ó Gentiles, esclavos ó libres, de cualquier clase ó condicion que sea el que quiera recibirle. El Evangelista hace principalmente esta observacion por los Israelitas, sus compatriotas, los cuales á causa de su descendencia de Abraham creian que para su pueblo ó nacion solamente habian de ser los beneficios del Mesias prometido; de suerte que aquellos que le recibieron tubieron gran trabajo en llegar á persuadirse que tales beneficios habian de estenderse hasta "á rescatar para Dios de todas las tribus, y lengnas, y pueblos, y naciones sin distincion. (Apoc. c. 5. v. 9.)

Esto no obstante, como en seguida se nos dice, el mundo no le conoció, y aun habiendo venido directamente á lo que era suyo, esto es, á su propia casa, al templo de Jerusalem, á su pueblo de Israel, á que pertenecia ya por su descendencia carnal, ya en virtud de las promesas hechas á los antiguos patriarcas, Abraham, Isaac y Jacob, los mismos suyos no le recibieron. Sin embargo, aunque generalmente desechado por la nacion, algunos en particular, ya de los propios ya de los Gentiles, le recibieron, y estos quedaron autorizados para ser hechos Hijos de Dios: tales son todos aquellos que creyeron en su nombre, los que le tuvieron y aceptaron por lo que realmente era. Ejemplos hay en la historia evangélica de esta aceptacion hecha en términos espresos; entre otros uno muy notable en que le reconocieron sus discípulos, confesándole por boca de Pedro. Estando en una ocasion con ellos el Señor les hizo esta pregunta: "¿quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre? Respondieron ellos: unos dicen que Juan Bautista, otros Elias, otros Jeremias, ó alguno de los profetas. Díceles Jesus: y vosotros quién decís que soy yo? tomando la palabra Simon Pedro, dijo: tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo." (S. Mat. c. 16. v. 13—16). En el capítulo mismo que vamos esplicando se halla tambien el de Natanaél: "Maestro! tú eres el Hijo de Dios, tú eres el Rey de Israel." (v. 49.) Esa es tambien la confesion que ha de hacer todo el que le recibe, advirtiéndole que la espresion *creer en su nombre* implica el que esa confesion sea sincera, y que teniéndole y aceptándole por lo que realmente es, se le crea tambien en realidad como á quien es. Así, se dice con verdad que se crée en Jesucristo, cuando, ya haya hablado por sí, ya por sus apóstoles inspirados de su Espíritu, se aceptan como verdades infan-

libles cuantas palabras vienen de él; de modo que si en lo que ha hablado se contiene alguna promesa ó alguna amenaza, se tenga uno y otro, aun antes de que veamos su cumplimiento, por seguro como una realidad, y por indefectible como un hecho ya cumplido, y que se obre con arreglo á estos datos.

El derecho que adquieren de ser hechos hijos de Dios los que se hallan en este caso, consiste en que desde entonces son contados en la familia de Dios, que los adopta como suyos en Jesucristo: y llamamos derecho esta adopcion, porque en realidad Jesucristo la ha ganado para ellos, para quienes él mismo ha sido hecho por Dios sabiduria, y santificacion, y justificacion, y redencion. (1. Corint. c. 1. v. 30). Con esto quedamos advertidos, como se dice en el versículo 13, de que esta filiacion no nos viene ni de la *sangre*, esto es, que no somos hechos hijos de Dios por generacion natural, del modo que por ella nos viene el ser hijos de ira ó condenacion (Efes. c. 2. v. 3.): ni de la *voluntad de la carne*, esto es, porque nuestros padres carnales hayan querido hacernos tales, ya llevándonos á bautizar, ya iniciándonos en prácticas ó ceremonias de tal ó cual culto religioso: ni de la *voluntad del hombre*, esto es, ni por los esfuerzos de nuestra propia voluntad que se empeñe ó se proponga, ó por sus virtudes ó por sus mortificaciones, ó por méritos de cualquiera otra pura criatura, aun la mas excelente y santa, introducirse en la familia de Dios; sino que nos viene de este solo, es decir, que nos viene únicamente de que Dios ha querido destinarnos de antemano "para ser hijos suyos adoptivos en Jesucristo, á gloria suya, por un puro efecto de su voluntad." (Efes. c. 1. v. 5.)

14 Y el Verbo se hizo carne, y habitó en medio de nosotros, (y nosotros hemos visto su gloria, gloria como del unigénito del Padre,) lleno de gracia y de verdad.

15 De él da testimonio Juan, y clama diciendo: Hé aquí aquel de quien yo os decia: El que ha de venir despues de mí, ha sido preferido á mí: por cuanto era antes que yo.

16 De la plenitud de este hemos participado todos nosotros, y una gracia por *otra* gracia.

17 Porque la ley fué dada por Moisés, mas la gracia y la verdad fueron traídas por Jesucristo.

18 A Dios nadie le ha visto jamas: El Hijo unigénito, existente en el seno del Padre él mismo es quien le ha hecho conocer.

He aquí los beneficios de la Palabra encarnada, esto es, del Hijo de Dios eterno, revestido de nuestra carne mortal, y presentado en el mundo en todo semejante á nosotros, escepto el pecado (Hebr. c. 4. v. 15); pues

“fué necesario que en todo semejase á los hermanos, para que fuese delante de Dios un pontífice pío y fiel para expiar los pecados del pueblo.” (Hebr. c. 2. v. 17.) Llámase en el versículo 14° lleno de gracia, en cuanto en sí mismo es el lleno de la gracia en la presencia de Dios, ante quien es plenamente acepto, en quien Dios mismo ha dicho que tiene toda su complacencia (S. Mat. c. 3, v. 17.), en cuanto para nosotros no es mas que gracia y misericordia, habiendo venido al mundo, no para juzgarle, sino para salvarle (S. Juan c. 3. v. 17.); lo que hizo, no por “obras de justicia que hubiésemos hecho nosotros, sino segun su misericordia” (Tit. c. 3. v. 5). Dícese tambien lleno de verdad en cuanto eternamente posée el lleno de la verdad, como en quien reside la plenitud de la divinidad corporalmente (Colos. c. 2. v. 9): en cuanto posée el lleno de la fidelidad, siendo por excelencia “el testigo fiel y verdadero” (Apoc. c. 3. v. 14), en quien todas las promesas de Dios son *sí* y *amen* (2. Corint. c. 1, v. 20): y en cuanto todos los tipos y ceremonias de la ley han tenido en él su cumplimiento, y él es la verdad de ellas, esto es, la realidad de lo que ellas, que no eran mas que sombras, figuraban. En esto se nos da á entender que para los cristianos, que han de atenerse al Evangelio, ha desaparecido todo tipo y toda ceremonia, así como á la aparicion del sol desaparece toda sombra; por lo cual ahora no pide el Padre ni acepta mas que adoradores en espíritu y verdad (S. Juan c. 4. v. 23—24). Llámale tambien aquí el Evangelista *Unigénito*, que quiere decir *Hijo único*; en lo cual nos advierte que Jesus no es Hijo, como nosotros, por adopción, en cuyo sentido tiene Dios muchos hijos: sino en aquel sentido inefable en que en el principio estaba con Dios, siendo Dios Criador de todo lo que fué hecho.

En el versículo 15 se principia á declarar el testimonio de Juan Bautista, y como preliminar se nos anuncia que este testimonio fué público, que Juan habló gritando á todos y advirtiendo al mundo que, aunque ese gran personage de quien testifica es posterior á él en su naciemto segun la carne, es sin embargo de muy mas alta gerarquía, y anterior á él como quien, segun queda dicho, en el principio estaba ya con Dios. Considerando el versículo 16, se echa de ver que es una continuacion del 14, de modo que parece interpolado aquí como una especie de paréntesis; así, despues de haber concluido el versículo 14 diciéndonos que Jesucristo habitó entre nosotros, lleno de gracia y de verdad, el 16 añade que de esta plenitud de gracia y de verdad hemos recibido todos. Con esto quedamos advertidos de que no tenemos de qué gloriarnos, pues cada cual, aun el mas favorecido del Señor debe decirse: “¿qué tienes tú que no hayas recibido? y si lo has recibido ¿por qué te glorias como si no lo hubieras recibido?” (1. Corint. c. 4. v. 7). Esta consideración adquiere todavia mas fuerza, si advertimos que aun recibimos gracia por gracia, es decir, que aun aquello que recibimos á título de recompensa, no es en realidad un

pago que se nos hace por algo nuestro, ó que venga de nuestra parte, sino una nueva gracia que se nos hace en virtud de otra gracia anteriormente recibida de la misericordia del Señor. Por ejemplo: cuando en el Evangelio de S. Mateo (c. 5. v. 5,) se nos hace esta declaracion: "Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados" debemos considerar que la recompensa de la consolacion que se da al que llora, no es un pago de nuestro llanto, sino una nueva gracia que se añade á otra anterior, esto es, á la del arrepentimiento que nos hizo llorar nuestras culpas, ó á la de la afliccion que nos arrancó aquellas lágrimas. Solo bajo esta consideracion puede ser en verdad humilde el que, como el cristiano, sabe que es amado de Dios, pues no seria fácil que lo fuese realmente quien llegare á persuadirse haber merecido por sí en lo mas mínimo el amor ó la amistad del Criador.

El contraste que en este punto establece el versículo 17, entre el ministerio de Moisés y el de Jesucristo, consiste en que la ley promulgada por ministerio de Moisés, no nos da mas que el conocimiento del pecado, en cuanto nos pone á la vista obligaciones y deberes á que hemos faltado; así es que dice S. Pablo (Galat. c. 3. v. 19) que ella fué puesta á causa de las trasgresiones: en que la ley en sus preceptos ceremoniales no nos da mas que sombras y figuras de lo que había de venir en Jesucristo, cuando en este se halla la verdad ó realidad en el cumplimiento de lo que aquellas solo prometían. Pónesenos este contraste á la vista para atraernos eficazmente á Jesucristo, y á él solo, haciéndonos ver que no tenemos otro recurso. La ley, la cual nos da en el precepto el conocimiento de la voluntad de Dios, de la puntualidad con que quiere ser obedecido, y de la amenaza ó condenacion que pesa sobre los trasgresores, cuando por otra parte nos dice nuestra propia conciencia que á ella hemos faltado en muchas maneras, nos da por lo mismo á conocer que en virtud de la ley no hay para nosotros otra cosa que condenacion; y que si queremos ser salvos, ó vernos libres de ella, no nos queda medio alguno, sino acogernos simplemente á la gracia, y acudir esclusivamente al que posee la plenitud, á aquel que vino á salvar al mundo, no á condenarle, como hace la ley. Para que estemos seguros, nos recuerda el versículo 18, que jamas vió nadie á Dios, advirtiéndonos en ello que no tenemos que ir á nadie á informarnos de los designios de Dios sobre nosotros, ni á preguntar lo que para nosotros quiere ser, sino á lo que Jesucristo nos ha declarado sobre el particular por sí ó por sus apóstoles. Nadie en efecto vió jamas á Dios con los ojos del cuerpo, siendo como es un puro Espíritu; ni nadie le vió tampoco en el sentido de haberle conocido en su misericordioso designio de ser para los que creen en su Hijo un padre, sino el que contempla al Hijo y cree en él (S. Juan c. 6. v. 40); en ese sentido Jesus mismo ha dicho: "El que me vé á mí, vé á aquel que me envió". (S. Juan c. 12.

v. 45.) A ese es á quien debemos acudir, á ese de quien se nos dice también que está en *el seno del Padre*: espresion que está destinada á indicarnos la estrecha union é intimidad que con el Padre tiene; por la cual es, cual ningun otro, capaz de saber todos sus arcanos. Ella debe darnos la misma idea de la intimidad que nos da la espresion familiar de que nos servimos para indicarla entre dos personas, cuando decimos *son uña y carne*: todo sin embargo en un sentido mucho mas elevado, pues que por su divinidad es nua misma cosa con el Padre (S. Juan c. 10. v. 30.), y en cuanto Hijo único, en él tiene el Padre puesta toda su complacencia, y él hace siempre lo que al Padre agrada. (S. Juan c. 8. v. 29).

19 Y hé aquí el testimonio que dió Juan, cuando los Judios le enviaron de Jerusalem sacerdotes y levitas, para preguntarle: ¿Tú quién eres?

20 Él confesó, y no negó: antes protestó: Yo no soy el Cristo.

21 ¿Pues quién eres? le dijeron: ¿Eres tú Elías? Y dijo: No lo soy. ¿Eres tú el Profeta? Respondió: No.

22 ¿Pues quién eres tú, le dijeron, para que podamos dar alguna respuesta á los que nos han enviado? ¿Qué dices de tí mismo?

23 Yo soy, dijo, la voz del que clama en el desierto: Enderezad el camino del Señor: como lo tiene dicho el profeta Isaías.

24 Y los enviados eran de los fariseos.

25 Y le preguntaron, diciendo: ¿Pues cómo bautizas, si tú no eres el Cristo, ni Elías, ni el Profeta?

26 Respondióles Juan, diciendo: Yo bautizo con agua: pero en medio de vosotros está uno, á quien no conocéis.

27 Él es el que ha de venir despues de mí, el cual ha sido preferido á mí, y á quien yo no soy digno de desatar la correa de su zapato.

28 Todo esto sucedió en Bethábera, á la otra parte del Jordan, donde Juan estaba bautizando.

Atendido el rango de los enviados al Bautista, de que se hace mencion en el versículo 19, los cuales eran sacerdotes y levitas, por la especie del interrogatorio, y por las reconvenciones que le hicieron, se puede discurrir que este mensaje fué enviado por los miembros del Sanhedrin, tribunal supremo de la nacion, y que entendía en todas las materias religiosas. Por el resultado puede congeturarse que no fué enviado con el fin sincero de instruirse, segun aparece á primera vista, pues así entonees como despues

escelencia no es otro que el Mesías mismo, el profeta de su pueblo. Sin embargo, habiendo ya negado Juan ser el Mesías parecería escusado que le preguntasen si era el profeta, puesto que es lo mismo; mas los que no usan de sinceridad la creen difícilmente en los otros. Tal vez creyeron los enviados que podía llevar Juan alguna segunda intencion, ó usar de alguna reticencia en sus respuestas, y le repiten la misma pregunta en otros términos, no creyéndose demasiado minuciosos en un exámen, en que tanto se interesaba su autoridad, que Juan habia desconocido en su mision.

El ministerio ó servicio del Bautista, espresado en estas dos declaraciones suyas: *Yo soy la voz del que clama: enderezad el camino del Señor* (v. 23,) y, *yo bautizo con agua* (v. 26), fué un ministerio de preparacion. Esa espresion *Aderezad los caminos* es tomada de la profecia de Isaías, y se halla citada mas por menor en el evangelio de S. Lucas (c. 3. v. 4. &.) “Voz del que clama en el desierto: Aparejad el camino del Señor, haced derechas sus sendas. Todo valle se henchirá, y todo monte y collado será abajado, y lo torcido será enderezado, y los caminos fragosos, allanados. Y verá toda carne la salud de Dios.” Isaías anuncia aquí el precursor del Mesías. Jesucristo mismo ha dicho de Juan, refiriéndose á la profecia de Malaquías (c. 3. v. 1.) que “él era el ángel enviado para aparejarle el camino” (S, Mat. c. 11. v. 10); y esto es lo que hizo predicando el bautismo de arrepentimiento, y lo que ahora indica con la espresion sucinta *Yo bautizo con agua*. Sabemos que ese bautismo de agua es un bautismo de arrepentimiento, porque lo que aquí espresa este evangelista de un modo abreviado lo espresa otro de una manera mas explícita. S. Lucas (c. 3. v. 3) dice que Juan “vino por toda la ribera del Jordan predicando bautismo de arrepentimiento, para remision de pecados;” y para que sepamos lo que esto quiere decir añade desde el versículo 7: “raza de víboras ¿quién os mostró á huir de la ira que ha de venir? Haced pues dignos frutos de arrepentimiento, y no comenceis á decir: tenemos por padre á Abraham; porque os digo que puede Dios de estas piedras levantar hijos á Abraham.” Esto fué decirles: no os basta el ser descendientes de Abraham segun la carne, para recibir los beneficios de la venida del Mesías, que esperais, y disfrutar la felicidad de su reinado; es necesario que os arrepintais, y que abandonéis vuestros perversos procederes, y vuestra perpetua rebeldia á la ley y á los profetas. Así es que preguntándole el pueblo ¿*Qué haremos?* responde: “El que tiene dos vestidos dé al que no tiene, y el que tiene que comer haga lo mismo:” á los publicanes que le hacen la misma pregunta, dice: “No exijais mas de lo que está ordenado: y á los soldados: No maltrateis á nadie, ni le calumniéis, y contentaos con vuestro sueldo:” que fué repetir á todos con Ezequiel (c. 18. v. 30): “Convertíos y arrepentios de todas vuestras maldades; y vuestra maldad no será

los príncipes de los sacerdotes, los escribas y fariseos, se mostraron no solo impenitentes, sino enemigos implacables de Juan, y mas aun del Mesías que él anunciaba. Ademas de que presentándose como enviado de Dios para preparar los caminos del Señor, y dándose por aquella voz predicha en Isaías, todavia le reconviene por falta de autoridad, como si no fuese posible que Dios autorizase para hablar en su nombre á hombre alguno, que no tuviese la autorizacion de ellos. Parece pues que el Sanhedrin los envió celoso de su propia autoridad, y para hacer ostentacion de ella. En el Evangelio de S. Lucas (c. 3. v. 2), se lee que “el Señor hizo entender su palabra á Juan, hijo de Zacarias, en el desierto: el cual vino por toda la ribera del Jordan predicando un bautismo de arrepentimiento (*véase el artículo que precede*) para la remision de los pecados.” Juan en consecuencia no creyó necesaria mas autorizacion que esta para poner manos á la obra; lo cual no pudo menos de escitar el celo de aquellos doctores, que en esta parte eran inexorables.

En cuanto á nosotros, admiremos la respuesta de Juan, en la cual ademas de la santa libertad con que en presencia de los doctores da, por decirlo así, un testimonio oficial y solemne del Mesías á la nacion toda en sus representantes, es muy digna de notarse su profunda humildad, pues viéndose en la opinion casi general del pueblo tenido, ó por el Mesías mismo, ó por algun gran personage, protesta con la mayor solemnidad que él no es mas que un mero instrumento, una simple voz que clama: “Aderezad el camino del Señor.” Pudiera tal vez decirse que Juan por escesivamente humilde faltó á la verdad negando que era Elías, cuando segun el dicho mismo del Señor (S. Mat. c. 11. v. 14), Juan era aquel Elías que habia de venir. En cuanto á esto tengamos entendido que la humildad verdadera no puede conducirnos nunca á faltar á la verdad. El Bautista en efecto no faltó á ella, porque esperando los Judios á Elías en propia persona, Juan no era Elías de ese modo, y debió para no mentirles responder en el mismo sentido en que entendian la pregunta los enviados. Si hubiera dicho que era Elías, habrian creido ellos que Juan se daba por el mismo Elías en persona, lo que era falso. El ángel solo habia anunciado á Zacarias, padre de Juan, que este “iria delante del Señor con el espíritu y virtud de Elías” (S. Luc. c. 1. v. 17). Ademas, Juan pudo ignorar por entonces que se cumplia en él aquella profecia que anunciaba la venida de Elías. Tampoco faltó á la verdad diciendo que no era el profeta, cuando en realidad era profeta, porque no le preguntaron los enviados meramente si era profeta, sino si era el profeta. Por el testimonio de Moisés (Deuter. c. 18. v. 15.) esperaban los Judios un profeta extraordinario, distinto de los otros, á quien habia que oír sopena de ser exterminado del pueblo. A este profeta se referia la pregunta de los enviados, y este es el profeta que Juan negó ser, y con razon, porque este profeta por

ruina para vosotros. Echad lejos de vosotros todas vuestras prevaricaciones, con que habeis prevaricado, y hacéos un corazon nuevo y un espíritu nuevo". Dáse tambien al Bautista el título de *precursor*, palabra que significa uno que va delante haciendo algo, ó anunciando alguna cosa de alguno mas importante que viene despues. Esto es lo que fué Juan Bautista respecto de Jesucristo, presentándose al pueblo antes que él, anunciando su llegada, y preparándole el camino en los corazones con exortar é instar á todo el pueblo á que se arrepintiese y abandonase sus estravíos. Se alude en este modo de espresarse á lo que se practicaba con los grandes personajes cuando viajaban; en cuyas circunstancias iban siempre delante algunos enviados allanando montes y llenando valles, por decirlo así, para que el rey, príncipe, ó potentado que recorria sus estados, ó iba á entrar en ellos tuviese un plácido viage. Por eso se dice en S. Lucas (c. 3. v. 5): "todo valle se henchirá, y todo monte y collado será abajado." La diferencia que establece el Bantista desde le versículo 26, entre lo que él hace y lo que ha de hacer el que viene despues de él, está en que él solamente bautiza en agua, llamando al pueblo al arrepentimiento; mas el que viene despues de él, que le es preferido, de quien viene á dar testimonio á Israel, sobre quien habia visto descender el Espíritu y reposar sobre él, ese es el que bautiza en el Espíritu Santo, el que da el arrepentimiento y la fé á que él con su bautismo de agua habia llamado al pueblo.

29 Al dia siguiente vió Juan á Jesus que venía á encontrarle, y dijo: Hé aquí el cordero de Dios, ved aquí al que quita los pecados del mundo.

30 Este es aquel de quien yo dije: En pos de mi viene un varon, el cual ha sido preferido á mí: por cuanto era antes que yo:

31 Yo no le conocia; pero yo he venido á bautizar con agua, para que él sea reconocido en Israel.

32 Y dió Juan este testimonio, diciendo: Yo he visto al Espíritu descender del cielo como una paloma, y reposar sobre él.

33 Yo antes no le conocia, mas él que me envió á bautizar con agua, me dijo: Aquel sobre quien vieres que baja el Espíritu, y reposa sobre el, ese es el que bautiza con el Espíritu Santo.

34 Yo le he visto: y por eso doy testimonio de que él es el Hijo de Dios.

El testimonio que de Jesus da el Bautista en el versículo 29, se reduce á anunciar al pueblo que Jesus es el cordero de Dios, esto es, la realidad de lo que en la ley se figuraba con el sacrificio diario de un cordero, de lo

que representaba el cordero inmolado en la pascua, con cuya sangre se rociaron las puertas de las casas de los Israelitas, para que estos fuesen garantidos de la destruccion. Llamándole *el cordero* de un modo absoluto, le distingue de cualquiera otra víctima ofrecida por el pecado; y con llamarle *el cordero de Dios* nos da á entender que Dios mismo es el que ha propuesto esta víctima en propiciacion por la fé en su sangre, como se explica San Pablo (Roman c. 3. v. 25). Anúncianos que quita los pecados del mundo; lo cual quiere decir que él ha cargado con la culpa y la pena del pecado, llevándolo todo al altar de la expiacion; ó como se explica San Pedro (1. Epist. c. 2. v. 24.) que “el mismo llevó nuestros pecados sobre el madero.” Dice los pecados del mundo para que se entienda que el beneficio de la expiacion del Hijo de Dios no se limita solo al pueblo de Israel, sino que se estiende á todo el que, de cualquiera clase ó condicion, familia, tribu ó nacion, en él crea y á él acuda. De este modo completa el Bautista su mision al pueblo de Israel, no solo llamándole con su bautismo al arrepentimiento para la remision de los pecados, sino dirigiéndole á aquel de quien podian todos obtener el arrepentimiento y el perdon de un modo satisfactorio y completo.

Con arreglo á lo que se nos dice en el versículo 31, pudiera preguntarse, cómo, siendo pariente de Jesus el Bautista, dice aquí que no le conocia. Para nuestra inteligencia debemos tener presente que, aunque parientes, no habian tenido relaciones familiares, puesto que el Bautista habia pasado su vida en el desierto. Por otra parte, las relaciones que como mero pariente pudo haber tenido con Jesus no le daban el conocimiento que él necesitaba para anunciarle al pueblo de Israel, como quien era, y así es sin duda como no le conocia. Este conocimiento le tuvo particularmente cuando, como se dice en el versículo 32, vió al Espíritu descender desde el cielo sobre Jesus y posar sobre él; pues que segun anuncia el versículo 33, de parte de aquel que le habia enviado á llamar á Israel al arrepentimiento, le habia sido dado como signo aquello mismo, para que conociese al que venia á bautizar en el Espíritu Santo, y pudiese anunciarle por lo que era. A consecuencia de esto añadió el Bautista la declaracion contenida en el versículo 34, á saber, que Jesus es el Hijo de Dios; lo cual es la suma y la conclusion de todo su testimonio: una repeticion de la voz misma del cielo, en que por tal habia sido reconocido y anunciado por el Padre celestial (S. Mat. c. 3. v. 17.)

35 Al dia siguiente otra vez estaba Juan allí con dos de sus discípulos.

36 Y viendo á Jesus que pasaba, dijo: He aquí el cordero de Dios.

37 Los dos discípulos al oírle hablar así, se fueron en pos de Jesus.

38 Y volviéndose Jesus, y viendo que le seguian, díjoles: ¿Qué buscáis? Respondieron ellos: Rabbi, (que quiere decir Maestro) ¿dónde habitas?

39 Díceles: Venid y lo vereis. Fueron pues, y vieron donde habitaba, y se quedaron con él aquel día: era entonces como la hora de las diez.

40 Uno de los que habian oido lo que dijo Juan, y seguido á Jesus, era Andres, hermano de Simon Pedro.

41 El primero á quien Andres halló fué Simon su hermano, y le dijo: Hemos hallado al Mesías: (que quiere decir el Cristo):

42 Y le llevó á Jesus. Y Jesus le miró, y dijo: Tú eres Simon hijo de Jona: Tú serás llamado Cefas: que quiere decir *pedra*.

Es muy digno de observarse, por lo que vemos en estos primeros versículos, que Juan no perdía ocasion alguna de inculcar el mismo testimonio que ya habia dado de Jesus, y que él mismo estaba como absorbido en este pensamiento, pues hallándose privadamente á otro día con dos de sus discípulos, al ver á Jesus pasar exclamó como arrebatado: Hé aquí el cordero de Dios! En efecto no aparece que esto fuese dicho directamente á los discípulos; mas ellos, oida esta exclamacion, se fueron en pos de Jesus. Una grande instruccion nos da este caso. El nos enseña en primer lugar que las verdades del Evangelio que nos han sido anunciadas han de inculcarse profundamente en nuestro corazon, y que de ellas debemos hacer el asunto habitual de nuestra propia meditacion; y en segundo, que los afectos de admiracion, de amor, de gratitud que en él suscitan han de producirse afuera, pues en mas de una ocasion podrán los que nos oyen moverse á ir en pos de Jesus, como sucedió á estos dos discípulos de Juan.

En el diálogo que pasó entre Jesus y estos dos discípulos, contenido en los versículos siguientes, debemos echar de ver que Jesus por su parte, y mediante su palabra es el primero que entra en comunicacion, no solo con cualquier pecador que le sigue, sino con cualquiera en quien advierte el menor deseo de acercarse á él. Vuelto á ellos preguntó á estos discípulos de Juan: *qué buscáis?* como para alentarlos á acercarse con confianza, dándoles á entender que si se informaba del motivo de su llegada, era con la intencion y buena voluntad de dar cumplimiento á sus deseos. Esta pregunta hecha ante todo á los que le buscan debe hacernos entrar en nosotros mismos, y considerar que Jesus mira muy particularmente al motivo que nos anima á buscar su compañía, y á honrarnos con su nombre. Ellos en su respuesta con el mero hecho de reconocerle como Maestro, dan á entender que vienen con la leal y humilde intencion de

ser enseñados por él; y esto, no de ligero ó de paso, puesque muestran deseos de saber en donde mora, sin duda con el de tomar mas de asiento informes de él. Lo mismo pueden y deben hacer ahora todos los que en él creen, puesto que continua hablándonos en las Santas Escrituras, y es el mismo que ayer hoy, y lo será por los siglos (Hebr. c. 13. v. 8). En la respuesta que el Señor les dió, nos muestra prontitud y afecto en aceptar nuestras peticiones, cuando las reconoce sinceras; buena voluntad en manifestarse y darse á conocer enteramente á los que de corazon vienen á él; que no quiere que se difiera el beneficio de habitar y morar con él, *venid y ved* ahora mismo; que no busca quien le siga á ciegas, sino que desea que los que aman su compañía vean. “Yo soy la luz del mundo, decia al pueblo (S. Juan c. 8. v. 12,) el que me sigue no anda en tinieblas, mas tendrá la lumbre de la vida.”

Dícesenos despues que uno de los discípulos de Juan que, habiéndole oído, siguieron á Jesus, fué Andres, hermano de Simon Pedro, que halló á su hermano, le dió cuenta del Mesías, y que le llevó á Jesus. Tal vez ambos implícita ó explícitamente habian recibido del Señor el mandato que en otra ocasion (S. Marc. c. 5. v. 17,) dió á uno que de él habia recibido un beneficio señalado: “Véte á tu casa, á los tuyos, y cuéntales cuan grandes cosas te ha hecho el Señor, y la misericordia que contigo ha usado.” De todos modos ello es cierto que de la visita que hicieron á Jesus salieron con el deseo en el corazon de participar á otros las gloriosas nuevas que los llenaban de gozo, poniendo ya en práctica del modo mas conveniente el amor del prójimo, que en ellos habia creado el amor del Señor. Nótese que Andres llevó inmediatamente á Jesus á su hermano Simon, esto es, á la fuente misma de todo bien, en lo que ya principió á dar muestras de que comprendia el cargo de ministro que habia de tener en la Iglesia, á quien ante todo incumbe el encaminar los hombres á Jesus, y no á otro alguno. En la conversacion que este entabló con Pedro debemos advertir en primer lugar que le recibió con afabilidad y agrado, y que le mostró gracia y favor en nombrarle con su propio nombre. Ya en otros tiempos habia dicho Dios á Moisés: “Has hallado gracia delante de mí, y á tí mismo conozco por tu nombre” (Exod. c. 33. v. 17); y en segundo, que al darle el nombre nuevo de *pedra*, de que se deriva el de Pedro, no solo aludió al carácter propio del sugeto, que era el de ser firme y decidido ó exaltado en sus afectos, sino que indicó que él velaria para que la firmeza de su fé no faltase, como en efecto lo cumplió el Señor. Es verdad que apesar de la sinceridad del amor de Pedro por su Maestro, tuvo despues el apóstol la debilidad de negarle, pero el Señor le concedió el arrepentimiento, y despues aludiendo á la caída del discípulo le prometió que haria con su intercesion poderosa que su fé no fallase mas, y así fué en realidad, porque despues se mostró siempre el apóstol fiel y constante en su fé y en

su amor á su Maestro, y hasta la muerte firme como una roca, cual indicaba el nombre que le fué dado.

Quizá pudiera, en vista de lo ocurrido en este caso, venir al pensamiento de alguno de nuestros lectores que el apóstol Andres, habiendo sido llamado del Señor y atraído á él antes que Pedro, su hermano, y antes que los otros apóstoles, tenia alguna prerrogativa, ó gozaba de alguna dignidad mas que los otros sus compañeros de apostolado, por la razon de haber sido el primero en esta gracia; mas débese advertir que esta circunstancia no implica nada de eso, y que en esta parte pueden referirse con seguridad á la respuesta que da el catecismo en que regularmente aprenden los Españoles la religion cristiana. Pregúntase en el catecismo de Ripalda: *¿ Cual es ante Dios el mayor y el mas santo?* y se responde: *El que tuviere mayor caridad, sea quien fuere.* Del mismo modo, tampoco implica ninguna especie de prerrogativa en Pedro el que al referir en el cap. 10. de S. Mateo los nombres de los apóstoles fuese él nombrado el primero, antes que Andres y los demas; pues si de semejantes circunstancias hubiera de inferirse algo de la primacía, mas significativa habría de ser la de la vocacion de Andres, que el caso de Pedro, el cual se reduce en esta parte á hallarse nombrado el primero en una simple lista de nombres.

43 Al dia siguiente determinó Jesus encaminarse á Galilea, y encontró á Felipe, y díjole: *Sígueme.*

44 Era Felipe de Betsaida, patria de Andres, y de Pedro.

45 Felipe halló á Nathanael, y le dijo: Hemos encontrado á aquel de quien escribió Moisés en la ley, y los Profetas, á Jesus de Nazaret, el hijo de Josef.

46 Respondióle Nathanael: *¿ Acaso de Nazaret puede salir cosa buena?* Dícele Felipe: *Ven, y lo verás.*

Dásenos cuenta aquí de la vocacion de Felipe, la cual vino inmediata y directamente del Salvador, y fué hecha eficaz por la virtud de la simple palabra *sígueme*, no menos poderosa en esto, que la del Omnipotente que dijo *hágase la luz*, y la luz fué hecha. No tardó en mostrar Felipe los efectos de esta eficacia en su corazon, pues apenas, como se dice en el versículo 45, halló á Natanaél, lleno de gozo le dió la alegre nueva de haber encontrado á aquel de quien se habia escrito en la ley y los profetas. Ya hemos visto en Andres los efectos de la comunión con Jesus; Felipe da muestras de haber experimentado los mismos, en el deseo que le impele á hacer partícipes á los otros de la felicidad en que rebosa su propio corazon, que es el ejercicio mas propio y mas ilustrado del amor del prójimo. Es de notar que Felipe lleva lleno de júbilo estas nuevas á Natanaél, y le da parte de su hallazgo como de una cosa en que antes se habian ocupado con so-

licitud y esmero: *hemos encontrado*, le dice, como hablando de alguno que ambos á dos habian buscado. Véase aquí tambien que el conocimiento de las Santas Escrituras les era familiar; *aquel de quien escribió Moisés*: y que este conocimiento contribuyó mas que todo á encontrar aquel, por quien tanto tiempo habia suspiraban. Aun ahora, si queremos conocer á Jesus como conviene, debemos aplicarnos seriamente al estudio y meditacion de aquellos santos escritos; él mismo nos ha declarado que las Escrituras son las que dan testimonio de él (S. Juan c. 5. v. 39).

Observamos en el versículo 46, que Natanaél no parece querer creer de ligero, pues no disimula lo que piensa que aparece contrario á esta nueva que se le acaba de dar. Ella en efecto era tan grande y de tanta monta que merecia ser examinada con toda atencion; pero ni ahora ni entonces se deberian hacer entrar en este exámen las preocupaciones, como aquí hace Natanaél. ¿ Puede acaso, dice, salir de Nazaret cosa buena? objecion fundada en primer lugar en una equivocacion, cual es el suponer que Jesus salia de Nazaret, equivocacion que tal vez vino en él del modo inexacto con que se esplicó Felipe diciendo *Jesus de Nazaret*, en vez de decir, en caso de querer designarle por su patria, *de Betlehem*, en donde realmente nació: y en segundo en una preocupacion, cual es el tener por cosa sentada que Dios ha de hacer salir las cosas grandes de aquello á que nosotros llamamos grande, ignorando como aun principiante en la fé, que Dios aun de las piedras puede suscitar hijos á Abraham, y que ninguna grandeza, fama ó nombradía de ciudad alguna de Israel era título proporcionado para que en ella naciese el Mesías; antes bien, la mas miserable aldea de Judá en que el Mesías naciese, tendría por este solo hecho un competente título á mas fama, grandeza y nombradía, que la mas esclarecida ciudad del globo. La respuesta que Felipe le da, *ven y lo verás*, es la mejor que puede darse á un preocupado. Quizá, débil en la fé, no le ocurrió, ó no supo disipar la objecion de Natanaél, haciéndole ver que no estaba fundada sino en una preocupacion; mas su fé era real y viva, confirmada ya con lo que su corazon habia experimentado en la comunion con Jesus, y le pareció con razon que el modo mas seguro de desvanecer cualquiera cavilacion de su amigo era ponerle en el caso de que por sí mismo experimentase los efectos de aquella comunion. En las dudas que en nosotros mismos pudieren suscitar las preocupaciones ó la debilidad de nuestra fé, hagamos sin vacilar esta prueba, lleguémonos á Jesus, y pongámonos en mas íntima comunicacion con él, y las mayores dificultades de nuestra inteligencia se verán allanadas por la esperiencia que por nosotros mismos haremos del consuelo y satisfaccion interior, inesplicable si se quiere, que hallaremos en esa comunion santa. Así con razon y convencimiento podremos como Felipe, invitar á los otros á hacer la misma prueba.

47 Vió Jesus venir hácia él á Nathanael, y de este dijo: Hé aquí un verdadero Israelita, en quien no hay engaño.

48 Dícele Nathanael: ¿De dónde me conoces? Respondióle Jesus: Antes que Felipe te llamase, yo te ví cuando estabas debajo de la higuera.

49 Al oír esto Mathanael, le dijo: ¡Oh Maestro! tú eres el Hijo de Dios, tú eres el Rey de Israel.

50 Replicóle Jesus: Por haberte dicho que te ví debajo de la higuera, crees: mayores cosas que estas verás.

51 Y le añadió: En verdad, en verdad os digo, que vereis abierto el cielo y á los ángeles de Dios subir y bajar, sobre el Hijo del hombre.

Hizo Natanaél en efecto lo que le habia aconsejado Felipe, y no tuvo de que arrepentirse. Se vé en esto que su preocupacion no habia sido obcecacion voluntaria, como la de tantas personas que se niegan á todo exámen, porque aman mas las tinieblas que la luz: él era en sus dudas sincero, su reparo no procedió sino del deseo de mas completa instruccion, y el Salvador mismo tuvo la singular bondad de reconocer ante los circunstantes aquella sinceridad: hé aquí, dijo al verle que se acercaba, un verdadero Israelita en quien no hay dolo. Entre los que hasta entonces habian venido á Jesus, Natanaél solo habia mostrado reparo en reconocerle, y no le habia tenido en manifestar su escrúpulo, el cual aunque poco fundado, mostraba que el que le proponia no queria creer á ciegas; mas la buena acogida que del Señor tuvo, prueba que á este no desagrada el que no andemos ligeros en aceptar cuanto se nos enseña relativo á él, ni el que con sinceridad examinemos por nosotros mismos, acudiendo á la fuente de toda verdad. Lo que Natanaél hizo entonces, yendo al Señor personalmente, podemas todos hacerlo ahora acudiendo á las Santas Escrituras, porque en ellas nos habla por su Espíritu, y ellas parece están diciendo con Felipe *ven y lo verás*.

Natanaél que aun no sabia que el Señor nos conoce mucho mejor que nosotros podemos conocernos á nosotros mismos, se mostró sorprendido de que Jesus le conociese, y así lo dió á entender en su réplica: nosotros, á quienes ahora no puede ya sorprender el que nos conozca, procuremos conocerle á él; y si nos acercamos con la sinceridad de Natanaél, no dudemos de que tendrá nuestra diligencia el mismo feliz resultado. Viéndote estaba yo, le dijo Jesus, antes que Felipe te llamase, cuando estabas debajo de la higuera: oído lo cual exclamó aquel: Maestro! Tú eres el Hijo de Dios, tú eres el Rey de Israel. Pudiera ahora desearse saber que hubo tan particular y persuasivo en la circunstancia de que el Señor viese á Natanaél debajo de la higuera antes que Felipe le llamase, para que

aquel prorrumpiese en una tan solemne y fervorosa confesion de su fé en el Hijo de Dios. A esto nos parece que una tan pronta y solemne declaracion de parte de uno que no se habia mostrado demasiado dócil en recibir sin exámen la palabra del que le dió el mensaje, nos da bastante á entender que en la simple réplica de Jesus habia conocido á aquel que solo escudriña los corazones (Jerem. c. 11. v. 20,) y que vé como á la luz del mediodia aquello mismo que solo pasa en secreto. Sin duda que Natanaél aparte y solo en un rincon de su huerta, y debajo de una higuera habia estado algunos momentos, como en un conveniente retiro, meditando y revolviendo—allá en lo secreto de su corazon las multiplicadas y consoladoras profecias relativas al Mesías deseado; probablemente allí mismo habia exalado su corazon en fervorosas súplicas y plegarias, cual verdadero Israelita, al Dios de sus padres para que acelerase la redencion de Israel y el consuelo de su pueblo; y la ligera insinuacion de Jesus, que le mostró tener conocimiento de lo que entre Dios solo y su corazon habia pasado en secreto, le hirió como un rayo de luz tan repentino como eficaz, y le hizo ver que se hallaba en presencia de uno para quien las tinieblas no son oscuras (Salmo 138, v. 12,) de uno, en quien reposaba el Espíritu del Señor, espíritu de sabiduria y de entendimiento, espíritu de ciencia y de piedad, que no tiene necesidad de juzgar por vista de ojos (Isai. c. 11. v. 2,) de uno que, como á David, habia probado su corazon y le habia visitado (Salmo 16. v. 3,) de uno que oye las oraciones que, ya en aposento retirado y cerrada la puerta, ya debajo de una niguera, se hacen, y sabe recompensarlas publicamente con señales inequívocas de aceptacion, de uno en fin que conoce á los que son de él (2. Timot. c. 2. v. 19), del Hijo de Dios; y creyó de corazon para justicia, é hizo confesion de boca para salud (Roman. c. 10. v. 10.) sin mas exámen y sin mas dilacion.

Dicho nos tiene el Señor (S. Mat. c. 13. v. 12.) que al que tiene ya se le dará y tendrá mas, y al punto lo espermentó así Natanaél: ya tenia aquella seguridad de fé que le habia hecho esclamar *Maestro! tú eres el Hijo de Dios*, y el Señor se la aumentó con esta solemne y consoladora promesa: *mayores cosas que esas verás*; como si dijera: no te sorprenda el haber tenido una ligera muestra de que yo veo y sé lo que hay en el corazon de los mios, porque aun serás llamado á ver que todo poder me ha sido dado en los cielos y en la tierra (S. Mat. c. 28. v. 18). Así en efecto lo vió Natanaél en los portentos y milagros de que fué testigo, y particularmente la resurreccion y la ascension gloriosa del Salvador del mundo para sentarse en el trono de su Padre celestial; lo que debió ser para él pruebas nuevas y mayores que confirmaron, aumentaron y fortificaron la fé que ya habia profesado con tanto calor y exaltacion. Notemos ahora cuan diligentes y cuidadosos deberiamos ser en aprovechar cualquiera indicacion que nos llevase á reconocer en Jesus al Hijo de Dios, al

Rey de Israel, y á usar bien de las gracias que ya hubiésemos recibido, estando seguros de que cada vez tiene mas y mayores gracias que comunicarnos, pues en el versículo último vemos que aunque dirige la palabra á Natanaél, la promesa que hace es para todos sus discípulos: *en verdad, en verdad os digo que vereis abierto el cielo, y á los ángeles de Dios subir y bajar sobre el Hijo del hombre*. En esto deseáramos ahora saber puntualmente qué quiso decir el Señor. Quizá tuvo Natanaél alguna vision anticipada de la gloria de Jesus, como la tuvieron Pedro, Santiago y Juan en la transfiguracion: quizá se vió esto literalmente cumplido, esto es, los cielos abiertos, y subir y bajar los ángeles de Dios, en la ascension gloriosa del Salvador: quizá se refiere la espresion á la segunda venida del Hijo del hombre en gloria y majestad á restablecer todas las cosas, dando puntual cumplimiento á lo anunciado por la ley y los profetas: quizá tambien, como parece mas probable, hablaba el Señor en un sentido figurado de la nueva economia ó estado de cosas que iba á principiár, puesto que de allí en adelante la vida, pasion y muerte del Salvador iban á abrir comunicacion entre los cielos y la tierra de un modo tan especial, que cada fiel discípulo del Señor podia contemplar los cielos abiertos ante sí; y los ángeles, como espíritus administradores, empleados en favor de aquellos que han de recibir la herencia de la salud (Hebr. c. 1. v. 14,) podian ser considerados como subiendo y bajando sobre la Iglesia, que es el cuerpo de Cristo. De todos modos ello es cierto que el Señor hace aquí alusion á la escala misteriosa de Jacob (Genes. c. 28. v. 12,) que representaba aquella comunicacion, que ahora por Cristo está de hecho abierta.

Quédanos en fin que considerar el título de Hijo del hombre que el Salvador se da. Observemos que con el mismo título es frecuentemente designado en el Evangelio; mas siempre es el Señor el que se le da á sí mismo. En esto aprendemos de su misma boca que entre nosotros se presentó en un estado de humillacion, no solo como un simple pecador, sino como cargado y responsable de todos los pecados de su pueblo. Tambien debemos considerar aquí que no nos es menos importante el reconocerle por hijo del hombre que por Hijo de Dios. El modo especial que tiene de inculcarnos con ese título que es hombre muestra miras profundas, que merecen atencion. En efecto, cuando solo pensamos en su divinidad, parece á veces que sus trabajos y penalidades nos afectan ó despiertan poco y de un modo vago nuestros afectos, ciertos como estamos de que Dios no puede padecer, ni sufrir. Al contrario, si paramos nuestra atencion en que este mismo compasivo Jesus es verdadero hombre como nosotros, escepto que fué siempre inocente de todo pecado; si consideramos que realmente padeció todas las miserias de la frágil y culpable humanidad, y que en toda la propiedad de la pala-

bra era sensible al hambre, sed y cansancio, cuando á veces no tuvo, ni aun en donde reclinar la cabeza; á las afrentas, escarnios y ultrages, cuando en esta parte, ya sometiéndose á ser puesto en ridiculo, ya dejándose tratar de la manera mas bárbara y cruel, tuvo que sufrir mas que mortal alguno; si pensamos en que fué vilmente clavado en un madero como un malhechor, y que allí esperimentó las agonias de una muerte atroz, en donde ademas esperimentó su alma inocente y pura el abandono de su Padre celestial, y con él todo el peso de la cólera divina contra el pecado, hasta hacerle prorrumpir en lastimeros gritos: "Dios mio, Dios mio! ¿por qué me has abandonado"?...entonces sí que conocemos y sentimos cuanto costó la redencion de nuestra alma, y cuanto debemos á ese misericordioso Salvador, á ese *Hijo del hombre*, que se ofreció porque el mismo lo quiso; entonces es cuando podemos aprender á dar gracias á Dios por su don inefable, y por el amor que nos ha mostrado, que consiste no en que nosotros hayamos amado á Dios, sino en que él nos amó primero á nosotros.

EL PAPA Y EL SIGLO.

Declarado está en el Evangelio que ninguno puede servir á dos señores. De esta inconcusa verdad nos ha parecido poder concluir que cuando el Pontífice romano entró en el espíritu del siglo, ó debió de haber aseglarado su religion, ó espiritualizado el siglo. Nosotros no vemos que el mundo sea ahora ni mas ni menos espiritual que lo que era antes, y esto nos ha hecho pensar, no que él hubiese entonces aseglarado su religion, sino que reconoció que se hallaba á la cabeza de una secta, que para subsistir con sus pretensiones á la universalidad necesitaba entrar en el espíritu del siglo, esto es, acomodarse al espíritu de los mas, ó de los que aparecieren los mas fuertes. No decimos esto por criticar las operaciones del soberano de los estados romanos, por que en él reconocemos el mismo derecho para procurar á sus súbditos el bienestar temporal, que respetamos en todos los otros soberanos de la tierra; sino para que vean los Españoles cual es el carácter del catolicismo degenerado que sobre ellos pesa, y conozcan cuanto hay que rebajar en las acusaciones que los ministros de su religion lanzan contra tales ó cuales opiniones políticas, ó contra tal ó cual forma de gobierno. Esto solo debería bastarles para convencerse de que su religion no es puramente la del Evangelio, pues si esta nada tiene que ver con las formas de gobierno, como es inegable, algun elemento corruptor se ha de haber introducido en aquella, puesto que de preferencia necesita tal determinada forma para sostenerse.

Nosotros creemos que el Pontífice romano se ha visto en apretadas circunstancias, porque sus pueblos, habiendo mostrado ya mas de una vez, y de un modo poco pacifico, deseos de obtener la libertad civil con todas

sus consecuencias, é instituciones políticas acomodadas á lo que se llama espíritu del siglo, han continuado dando muestras de que no habian de ceder en sus pretensiones, sino que las habian de llevar á cabo aunque les fuese necesario hacer uso de la resistencia á mano armada, como ya se habia hecho antes. El Pontífice tuvo la cordura de ceder, entrando en las miras y abrazando la causa de aquellos mismos, á quienes habian perseguido como facciosos sus predecesores. Celebráronlo los que creyeron que ya era tiempo de ceder; lo vituperaron los que creian que se podian aun dominar los espíritus inquietos, y aquellos que firmemente adictos á las doctrinas que creen esenciales al verdadero catolicismo romano, temieron erias consecuencias del pernicioso ejemplo de que la Cabeza de su Iglesia hubiese abrazado y puesto en práctica en sus propios estados aquello mismo que como herético é impio habia sido mas de una vez condenado en la propia casa y en la agena. Nosotros no queremos ser jueces de si hizo bien ó mal el Papa en semejantes circunstancias, porque no entendemos de gobernar estados: solo sabemos que si realmente era tiempo de ceder, obró como aconseja la política humana, cuando cedió y se puso al frente de la opinion, porque en último resultado con eso es con lo que se reina en este mundo.

Sin embargo, ha sucedido despues que la opinion se ha mostrado mas exigente que lo que el soberano creía poder conceder, y sus súbditos mas consiguientes que él, y ante quienes la irresistible lógica no tiene por qué ceder el paso á ninguna otra consideracion, han querido todas las consecuencias naturales de las primeras concesiones hechas, y no teniéndolas han considerado al pontífice unido al rey como un obstáculo para el progreso natural y legítimo de las instituciones libres ya planteadas, y no han tenido reparo en disolver hasta un cierto punto esta monstruosa union de lo espiritual y de lo temporal, declarándole decaído del trono y de la autoridad temporal, y reconociéndole unicamente como cabeza de la iglesia romana. En estas extraordinarias circunstancias, el gefe de la iglesia de Roma y los que conocen bien el espíritu de ella pugnan por volver á apoderarse de la autoridad temporal, sin lo cual, y no sin razon, creen comprometida la causa de ella; para lo cual, si es posible, conmovieran todos los reinos de la tierra.

Al contrario el católico sincero y que precia ante todo la religion del Evangelio, debe considerar que los temores que muestran sus gefes espirituales por la prosperidad de su iglesia y religion, si no tienen en su mano la autoridad temporal, es una confesion tácita de que el lustre y esplendor de ellas se debe á la proteccion que les ha dado la espada y que todavia puede darles; con lo cual declaran al menos atento observador que en esta parte no es la iglesia ni la religion de Jesucristo, porque esta ha triunfado siempre no solo sin la espada, sino á pesar de ella. Así que el

católico ilustrado debe mirar los acontecimientos presentes como una puerta, quizá la última, que abre el Señor en su misericordia á la iglesia de Roma para que vuelva á entrar en los senderos antiguos, y para que sus gefes libres de los negocios de la tierra puedan dedicarse exclusivamente al bien de las almas.

Quizá pensará alguno que las dos cosas no son incompatibles; pero además de la declaración del Evangelio, que es terminante en este punto, cuando dice que ninguno puede servir á dos Señores, porque amará al uno y desatenderá al otro, la experiencia misma nos lo enseña así. Y en esto no citaremos la experiencia de un cualquiera, sino la de un celebrado pontífice, de reciente memoria. Gregorio XVI., en su encíclica de 15 de Agosto de 1832, dice á los Patriarcas, Primados, Arzobispos y Obispos: “Pensamos desde luego comunicaros los medios que nos proponíamos adoptar para cicatrizar las llagas de Israel, mas el inmenso peso de los negocios que nos agió para atender al restablecimiento del orden público fué causa de que se haya dilatado por algun tiempo el cumplimiento de nuestro deseo. Otra causa de nuestro silencio fué la insolencia de los facciosos, que por la segunda vez intentaron levantar el estandarte de la rebelion.....todo esto como habeis podido conjeturar ha hecho cada dia mas graves los afanes y tareas que ocupaban nuestra atencion.” Por esta cándida manifestacion, hecha á la faz del mundo, vemos que el célebre pontífice creía de su deber el comunicar con sus colegas los medios que se proponia adoptar para cicatrizar las llagas de Israel, en su sentir, los males que aquejan á la iglesia de que es cabeza espiritual; pero que el peso de los negocios temporales, el restablecimiento del orden en su reino terrestre le absorbió tanto, que el cumplimiento de sus deberes en la parte espiritual tuvo que postergarse, y ceder el paso al cumplimiento de lo que creía deber á sus intereses temporales. Es de observar que el pontífice cree tan natural su proceder en atender primero á los negocios temporales y dejar para despues los espirituales, que supone que los Arzobispos y Obispos habrán adivinado fácilmente la causa de su tardanza en hacerles aquella comunicacion: “todo esto, les dice, *como podeis conjeturar*, ha hecho cada dia mas graves los afanes y tareas que *ocupaban nuestra atencion*.” ¿Y qué podrá decir el pontífice que acaba de reinar, habiéndose, como es notorio, multiplicado y complicado estraordinariamente mas los negocios temporales? Podria apostarse ciento contra uno á que de los negocios espirituales no se han despachado mas que aquellos que rinden algun dinero á la curia, ó que por un lado ó por otro tienen alguna conexi-on favorable con los intereses de la política. Que estos se hayan de atender siempre con preferencia se ha visto aun mas claro en España en el pontificado precedente. Un gran número de sillas episcopales del reino han estado sin pastor legítimo segun las reglas de la iglesia de Roma,

porque los obispos presentados para ellas por el gobierno no han podido conseguir su confirmacion del pontífice rey, el cual no ha querido confirmarlos. Quizá se creerá que algun motivo religioso habia para esto; pero no hay tal. El motivo era que las relaciones políticas del Rey pontífice con algunas potencias de Europa no le permitían reconocer á Isabel 2a. por reina legítima de España, y las bulas de confirmacion del pontífice rey hubieran sido un reconocimiento virtual de la legitimidad de la reina. Así que la iglesia de España tuvo que sufrir en sus intereses espirituales por falta de pastores, porque así lo exigian los intereses temporales del que reconoce como primera cabeza: y este por no desmentir, á lo menos en eso, la verdad del Evangelio, sirvió al uno y desatendió al otro.

Tanto el pontífice presente como los que le han precedido, sabian bien que S. Pablo dando algunas instrucciones á Timoteo, relativas al ejercicio del ministerio pastoral, le dice terminantemente (2. á Tímot. c. 2. v. 4). “Ninguno que milita para Dios se embaraza en los negocios del siglo” pero esta palabra, parte de la simiente que vino á sembrar el sembrador de la parábola (S. Mat. c. 13. v. 3,) al caer en ellos, cayó sobre espinas, y la ahogaron; pues segun la esplicacion que Jesucristo mismo da de su parábola, “lo sembrado entre espinas es aquel que oye la palabra, pero los cuidados de este siglo, y el engaño de las riquezas ahogan la palabra, y queda infructuosa.” Triste cosa es esta; sin embargo, en las circunstancias presentes, en que parece que Dios quiere arrancar del terreno las espinas, deber es de todo católico romano, que quiera mostrarse celoso por la religion del Evangelio, el pedir al Señor que acabe de remover todos los obstáculos; y que sus pastores, desembarazados de todos los negocios del siglo, se cñan á enseñar á sus subordinados la pura palabra de Dios, y se muestren verdaderos discípulos de aquel á quien llaman Maestro, cuya conducta en circunstancias hasta cierto punto análogas, fué la que se verá en el artículo siguiente.

JESUCRISTO, SUS DISCIPULOS Y LAS GENTES.

“Todas las cosas que han sido escritas, para nuestra enseñanza están escritas” dice S. Pablo escribiendo á los Romanos (c. 15. v. 4). Nosotros que no deseamos otra cosa sino que nuestros lectores saquen con la bendicion de Dios, de los escritos sagrados la abundante instruccion que ellos encierran, les proponemos las siguientes reflexiones que sobre una notable ocurrencia de la vida inmaculada de nuestro Salvador hemos hecho. Esta ocurrencia se halla referida en el Evangelio de S. Mateo (c. 14. v. 22—33), que copiamos literalmente de la Biblia en beneficio de aquellos que no la tuvieren á mano para consultarla. Dice así:

22 Y Jesus hizo subir luego á sus discípulos en el barco, y que pasasen ántes que él á la otra ribera del lago, mientras despedia la gente.

23 Y luego que la despidió, subió á un monte solo á orar. Y quando vino la noche, estaba él allí solo.

24 Y el barco en medio de la mar era combatido de las ondas, porque el viento era contrario.

25 Mas á la quarta vigilia de la noche vino Jesus hácia ellos andando sobre la mar.

26 Y quando le vieron andar sobre la mar, se turbaron y decian: que es fantasma. Y de miedo comenzaron á dar voces.

27 Mas Jesus les habló al mismo tiempo, y dixo: tened buen ánimo: yo soy, no temais.

28 Y respondió Pedro, y dixo: Señor, si tú eres, mándame venir á tí sobre las aguas.

29 Y él le dixo: Ven. Y baxando Pedro del barco, andaba sobre el agua para llegar á Jesus.

30 Mas viendo el viento recio, tuvo miedo: y como empezase á hundirse, dió voces diciendo: Valedme, Señor.

31 Y luego extendiendo Jesus la mano, travó de él, y le dixo: hombre de poca fé, ¿por qué dudaste?

32 Y luego que entraron en el barco, cesó el viento.

33 Y los que estaban en el barco, vinieron, y le adoraron diciendo: Verdaderamente Hijo de Dios eres.

Sobre este memorable acontecimiento llamamos ante todo la atencion de nuestros lectores á que consideren los personajes que en él intervienen, á saber, Jesucristo, sus discípulos y las gentes, y á que observen que cada uno se conduce segun quien es, y en conformidad á la naturaleza de los sentimientos que en su corazon dominan. Nótese en primer lugar que el Señor despide á la multitud; pero siempre bueno, y caritativo, y lleno de compasion no la despide sino despues de haber curado sus enfermos y satisfecho sus necesidades temporales; pues el hecho no tuvo lugar sino despues que el Señor de un modo milagroso hubo multiplicado los cinco panes y dos peces que tenian sus discípulos, y con ellos saciado á la multitud que le habia seguido para oirle. En cuanto á sus discípulos no se conduce del mismo modo, esto es, no los despide dejándolos en libertad para que se vayan á donde quieran, sino que les da una órden espresa para que se vayan señalándoles el lugar, á donde habian de encaminar sus pasos. Todo esto concuerda admirablemente bien con el carácter de los personajes. La multitud, es verdad, le signe y gusta de oirle, pero ella no

le está cordialmente adherida; los que la componen no son propiamente suyos, cada uno de ellos quiere todavía hacer su propia voluntad; y Jesús, aunque siempre pronto y dispuesto á recibir por suyo á cualquiera que cree en él, y se adhiere sinceramente á él por amor suyo, deja sin embargo al hombre bajo el peso de su propia responsabilidad ante Dios, si el hombre no quiere que la sangre del cordero que quita el pecado del mundo responda por él. Así pues las gentes se dispersaron despedidas, y cada cual, como el mundo hace siempre, siguió su propio camino, y se fué al negocio que mas le vino á cuento.

Es de advertir además que en esta ocasión tuvo el Señor una razón muy especial para deshacerse de la multitud, y retirarse solo. S. Mateo en el capítulo de que hemos extraído los versículos que preceden, ha omitido esta circunstancia, de que S. Juan ha conservado la memoria en su evangelio (c. 6. v. 14—15,) en estos términos: “Aquellos hombres, cuando vieron el milagro que había hecho Jesús, decían: este es verdaderamente el profeta que ha de venir al mundo. Y Jesús cuando entendió que habían de venir para arrebatarle y hacerle rey, huyó otra vez al monte él solo.” Aquellas gentes pues tenían pensamiento de apoderarse de Jesús para proclamarle rey: pensamiento humano y terrestre, como el Señor mismo se lo echó en cara después diciéndoles: “vosotros me buscáis, no por los milagros que visteis, mas porque comisteis el pan y os saciasteis” (v. 26). Querían sin duda hacerse de él un jefe, porque le creían á propósito para llevarse tras sí la multitud, y capaz de saciarlos de bienes y procurarles la felicidad que ofrece la tierra. Es verdad que Juan, precursor de Jesucristo, habiéndoles predicado la proximidad del reino de los cielos, y dirigiéndoles al que venía á dar cumplimiento á lo anunciado en la ley y los profetas, parecía haberlos autorizado á esperar el cumplimiento de las promesas, hechas á sus Padres, de poseer la tierra; pero estas gentes habían olvidado, ó no querían acordarse de que Juan Bautista les había intimado que se arrepintiesen, y que cada cual se apartase de su mal camino, cosa que no estaban dispuestos á hacer, cuando, según la declaración misma del precursor, sin eso no les serviría de nada el que se lisongeasen de tener á Abraham por padre, puesto que poderoso era Dios para aun de las piedras levantar nuevos hijos á Abraham. El arrepentirse ha sido siempre el escollo en esta materia.

Quizá se nos dirá ahora que esto no tiene analogía con lo que ahora pasa en el mundo, en donde seguramente no se quiere que Jesús reine; mas es necesario desengañarse, porque cabalmente eso es lo que el mundo ha querido siempre, y en una cierta medida, lo que quiere hasta el día de hoy, á saber, hacer á Jesús rey, pero á su manera. Para convencerse de ello basta recordar lo que en el mundo ha pasado desde que la prodigiosa y temprana propagación del cristianismo le dió á conocer que el nombre

de Jesus es una potencia. Los principes del siglo se apoderaron de él, y los grandes de la tierra quisieron coronarle : y así lo hicieron en efecto en la persona de los que profesaban ser los siervos y ministros de Jesus ; de suerte que aquel que en Roma se daba por representante de Jesus sobre la tierra, al mismo tiempo que tomaba el titulo de siervo de los de siervos de Dios, fué reconocido en el mundo por digno de adornar su cabeza con tres coronas que todavia conservaria de hecho, si recientes circunstancias, que Dios ha permitido por altos fines sin duda, no le hubiesen despojado de este honor mundano. Para que no nos quede duda de que eso es lo que el mundo quiere hasta ahora, tengamos presente que las gentes del mundo que ejercen algun poder en él, exaltan todavia en los que tienen autoridad en la iglesia, no el poder que como ministros del Evangelio tienen para edificacion y no para destruccion, sino la autoridad y ascendiente que exercen sobre las turbas, que la preconizan en todas partes, y se hacen de ella un aliado, colmando de bienes, de favores, y de prerrogativas á los que emplean esta fuerza moral segun sus miras. La desgracia en esta parte es que la inmensa mayoria de los que profesan ser discípulos de Jesus, se haya dejada coger en este lazo, pues una gran parte ha creído que la Iglesia de Jesucristo en este siglo debia reinar aun sobre los principes de la tierra, y otra ha pensado que al menos debia reinar al lado de ellos y de acuerdo con ellos.

Se dirá ahora que el mundo queriendo hacer á Jesus Rey en los que se tienen por sus ministros, no tiene las mismas miras interesadas y carnales que tenia la multitud de que nos habla el Evangelio. Poca atencion se necesita para convencerse de que sus miras son idénticas. Véase sino que es á lo que los mundanos prodigan sus alabanzas en la religion de Jesus. No se verá jamas que los del mundo exalten la salvacion que hay en Cristo, ni que prodiguen sus elogios al amor infinito con que el Hijo de Dios quiso someterse á la muerte de la cruz por salvar las almas de una condenacion eterna, ni que hagan el panegírico de su gracia, ni que muestren la menor señal de gratitud y reconocimiento por la obra de expiacion, de justificacion, y de santificacion que consumó por los suyos, ni que enarezcan el inefable amor y estremada condescendencia con que llama á sí á los corazones contritos y humillados para darles el reposo de sus almas. ¿ Qué es pues lo que alaban los mundanos ? ¿ Qué es lo que hallan de grande y admirable en ese Jesus, á quien quisieran coronar entre ellos ? Qué ? La moral del Evangelio, dicen á una voz. Nosotros empero, aunque no sabríamos atinar como se amalgaman estas dos palabras *moral* y *Evangelio*, responderemos sin embargo á lo que por ellas entienden los mundanos. El caso es que siendo cierto por una parte que “la justicia es la que eleva una nacion” (Prov. c. 14. v. 34); que el trono se establece por la justicia (c. 16. v. 12); y siendo evidente por otra que ellos ni saben

ni quieren ser tan justos como Dios manda para que sean felices las naciones sobre la tierra, echan mano de los terrores de la ley, de las amenazas que ella, y no el Evangelio, pronuncia contra los discolos y desobedientes, y hacen alianza con los que tienen á cargo el manejar estas armas, á fin de poder, sin ser justos como Dios quiere, vivir en paz en esta vida, y que cada cual pueda, segun su calidad, ó gozar sin zozobra del fruto de su trabajo, ó disfrutar sin sobresalto del producto de sus rapiñas. Me buscais, decia el Salvador á las turbas de su tiempo, no porque visteis milagros sino porque os saciasteis de pan; me buscais y quereis coronarme, puede decir á las de todos los tiempos, no por lo que hay en mí de divino, sino porque en mi nombre se os garantiza hasta cierto punto el pacífico goze de aquello en que poneis vuestra felicidad aquí abajo. Por esto es por lo que se suspira, y esto es lo que significa el enfático elogio que los mundanos hacen de la religion, cuando dicen que el Evangelio civiliza las naciones. Desdichado evangelio, si no hiciera mas que eso! El Evangelio es ante todo el poder de Dios para salvacion de todos aquellos que creen (Roman. c. 1. v. 16): los demas bienes los deja el Evangelio caer como al desgaire, si puede decirse así, por donde pasa, como cosas de infinitamente menor importancia; pero ni aun de estas gozan aquellos que antes no han buscado sinceramente el reino de Dios y su justicia, porque son cosas que se dan, á los que así lo hacen, como por añadidura. (S. Mat. c. 6. v. 33.)

En tan tristes circunstancias deber es de todo fiel, ilustrado por el Espíritu de Dios, el retirarse de esa combinacion mundana, aun cuando, como hizo su Maestro, debiese quedarse él solo á orar por un mundo extraviado, que así desconoce las intenciones del Salvador. Todo discípulo fiel del Señor sabe que Jesus, segun su propia declaracion ante Pilato, ha nacido para ser Rey, y que ha de reinar; pero tambien está advertido por el Salvador mismo que ahora su reino no es de este mundo (S. Juan c. 18. v. 36); que ahora no es mas que tiempo de gracia, no de reinar ni de hacer justicia, y aun en medio de la afliccion, de la pobreza, y del desprecio del mundo aguarda que vengan los tiempos del refrigerio de parte del Señor, y que haya enviado á Jesucristo que ha sido anunciado: al cual ciertamente es menester que el cielo reciba hasta los tiempos de la restauracion de todas las cosas (Act. c. 3. v. 20—21). Entonces es cuando Jesus será coronado Rey, y “en los dias de él nacerá justicia y abundancia de paz.....y dominará de mar á mar, y desde el rio hasta los términos de la redondez de la tierra. Delante de él se postrarán los de Etiopía, y sus enemigos lamerán la tierra. Los reyes de Tarsis y las islas le ofrecerán dones: los reyes de Arabia y de Saba le traerán presentes: y le adorarán todos los reyes de la tierra: todas las naciones le servirán; porque librárá al pobre del poderoso, y al pobre que no tenia ayudador.....y serán benditas en él todas las tribus de la tierra; todas las gentes le engrandecerán”

(Salmo 71. v. 7. &); pero hasta entonces su vocacion obliga á los discípulos fieles de Jesus á seguir á su Maestro en los trabajos y en la humillacion que sufrió sobre la tierra, porque solo padeciendo con él, es como pueden esperar reinar con él. Véase sino en la ocasion presente la conducta del Señor con sus discípulos, es decir, con aquellos que, á diferencia de la multitud, se habian sinceramente adherido á él, y le seguian constantemente. En primer lugar él los alimenta y les procura el sustento así como á todos los demas, porque en el gobierno general de su providencia "hace nacer su sol sobre buenos y malos, y llueve sobre justos y pecadores" (S. Mat. c. 5. v. 45); pero ademas los asocia á esta misma obra buena, porque ellos fueron los que distribuyeron el pan y le dieron al pueblo. A esto mismo son llamados hasta el dia de hoy, esto es, á asociarse á toda buena obra que proceda del Espíritu de su Maestro, á tomar en ella una parte activa, y concurrir segun la estension de sus facultades; mas cuando se trata de alguna obra mundana, ó que no procede de aquel Espíritu, que es el que les debe servir de guia, su obligacion es el retirarse aparte, ó no tomar parte en ella. Así en esta ocasion les mandó el Señor que se retirasen: Jesus, dice el testo, hizo subir luego á sus discípulos en el barco, y que pasasen antes que él á la otra ribera del lago; y eso sin duda por haber conocido que la multitud proyectaba el proclamarle gefe segun sus propias ideas. Admírese en esta disposicion la bondad y la fidelidad del Señor en retirar á los suyos de la tentacion. El pensamiento de hacer á Jesus Rey, en último resultado, y segun la inteligencia carnal de quien no está íntimamente convencido de que las vias del Señor no son nuestras vias, redundaba en honor y gloria de Jesus; y sus discípulos, no muy ilustrados todavia en la mente é intenciones de su Maestro por una parte, y por otra demasiado entusiastas de la gloria de él, se hubieran fácilmente dejado llevar de aquel arrebato popular, y se hubieran asociado quizá á la multitud en aquella obra mundana, tanto mas cuanto ellos mismos como íntimos amigos y confidentes del proclamado, hubieran podido esperar el obtener los primeros puestos á su lado, y reinar con él y á su nombre, como ha sucedido despues á los que se han tenido por primeros y principales ministros de Jesucristo. Por eso el Señor en esta ocasion desvaneció el peligro á tiempo conveniente, y les mandó que pasasen á la otra parte, esto es, al lado opuesto, pues cuando es necesario separarse de la multitud, no basta el retirarse á un lado y marchar paralelamente con ella, es indispensable el pasar al lado opuesto. La misma obligacion incumbe á los discípulos del Señor hasta el dia de hoy.

Los discípulos de entonces hubieran podido alegar, como los que por tales se tienen hoy, mil razones especiosas para probar cuan conveniente hubiera sido que su Maestro, en vez de presentarse al mundo como un simple particular sin crédito y sin mas autoridad que la de su palabra, hu-

biese aparecido en medio de los suyos, como un gefe respetado y poderoso, á la cabeza de una multitud de secuaces, en estado de imponer respeto, y atraer la consideracion del pueblo. Hubieran podido alegar que el lustre mismo y esplendor mundano de que se hubieran visto rodeados sus principales ministros hubiera todo redundado en beneficio de su misma religion, la cual en todas partes hubiera tenido mejor acogida, y hubiera sido mas acatada; pero para nuestro ejemplo, no se condujeron así. Sabian que el discípulo no puede ser mas que su Maestro, ni el siervo mas que su Señor (S. Mat. c. 10. v. 24); mas quien no vé que un Maestro coronado de espinas por escarnio, y que no tuvo en el mundo aun en donde reclinarse su cabeza, forma un contraste terriblemente acusador con un supuesto representante suyo, que ciñe sus sienes con una tiara de soberano, y cuenta, segun confesion propia, con el apoyo de las bayonetas de doscientos millones de secuaces para sostenerla, debe ser uno de aquellos á quienes Dios ha enviado operacion de error, para que crean á la mentira (2a. Tesalonic. c. 2. v. 10). Los discípulos pues obedecieron sin replicar, simple y sencillamente porque tal era la voluntad de su Maestro. Es verdad que iban á esponerse á todos los peligros del mar á una hora intempestiva, pero qué importa? así era la voluntad del Señor, y con eso solo iban en regla; nada tenian que temer, pudiendo estar seguros de que el mismo que las llamaba á aquella posicion velaria sobre ellos. En efecto el barco, dice el testo, en medio de la mar era combatido de las ondas, porque el viento era contrario. Así pues los discípulos en esta ocasion se hallaban materialmente en la misma posicion, en que moralmente se han de hallar con frecuencia los discípulos de todos los tiempos, que no se presten á que Jesus tenga en la tierra representantes, que en su nombre reinen á la manera que el mundo quiere. Han de hallarse, decimos, como abandonados en medio de la mar agitada de este siglo, cargados de desprecio, asaltados de pobreza y de aficciones de toda especie; en fin, con el viento del favor siempre contrario; pero jamas deben olvidar que tal es la voluntad del Señor, y que si les ha predicho que han de tener aficciones en el mundo, tambien les ha añadido: “tened confianza, que yo he vencido al mundo” (S. Juan c. 16 v. 33).

No tardaron los discípulos en experimentar que su Maestro no los habia olvidado, pues á la cuarta vigilia de la noche, poco mas ó menos entre las tres y las cuatro de la mañana, esto es, cuando menos creerian poder esperar una visita de su parte, vino hácia ellos andando sobre la mar: y cada cual pudo muy luego decir con David: “Envió desde lo alto y me tomó; y me sacó de las muchas aguas” (Salm. 17. v. 17); cosa que en todos tiempos, especialmente cuando mas faltos están de auxilio humano, pueden esperar los fieles discípulos del Señor. Los que en el barco se hallaban, segun el testo, viéndole andar sobre las aguas creyeron ver una fantasma; y no pocas veces sucede lo mismo á muchos discípulos del Salvador en circunstancias dificiles. Cuando se ven sumidos en la aficcion y en el desamparo, cuando en el mundo no hallan sino contrariedades y desengaños, las promesas de su Señor, el consuelo, la ayuda y la salvacion que de él están autorizados á esperar, les parecen una ilusion, una mera apariencia sin realidad y sin efecto práctico. A esta debilidad de su fé debe atribuirse sin duda la necesidad que muchos discípulos del Señor en la iglesia romana creen que la iglesia de Jesucristo tiene del apoyo del mundo, la conveniencia que hallan en que sus ministros reinen, y que los principales hagan entre las gentes el papel de grandes de la tierra, con los privilegios, rango y autoridad terrestre de que gozan los que dominan en las naciones; sin considerar que segun el dictámen del Evangelio “la amistad del mundo es enemiga de Dios” (Epist. de Santiago c. 4. v. 4). Así es que, como en esta ocasion hicieron los discípulos del barco, se conturban y gritan amedrentados, creyéndose perdidos, como si la santa causa de Dios se

viere próxima á perecer, si no la apoya la ley con su proteccion terrestre, y si el que creen encargado de la custodia del arca santa, no tiene asiento preeminente entre los soberanos de la tierra. Sin embargo la visible prueba que nos da aquí el Señor de su fidelidad para con los suyos, cuando mas desamparados se creen, deberia llenarlos de confianza, y darles la preciosa seguridad de que el que es verdadera cabeza de la Iglesia guarda al Israel de Dios, y que á tiempo conveniente, marchando sobre las aguas de la tribulacion vendrá á ellos, y les hará oír aquellas consoladoras palabras: "tened buen ánimo, yo soy, no temais."

Es mas que probable que los discípulos del barco al oír esta voz, tan conocida como amada y respetada de ellos, se sintieron sobremanera fortalecidos y animados; en consecuencia de lo cual uno de ellos, á quien en varias ocasiones distinguió de entre los demas el Señor, y que por su genio impetuoso y arriesgado parecia menos accesible al miedo de sus compañeros, Pedro en fin, respondió y dijo: "Señor, si tú eres, mándame venir á tí sobre las aguas:" como si dijera, una vez yo seguro de que eres tú, y que no has olvidado ni el barco en que nos mandaste partir, ni á los que en él se abrigan, ni á los que le conducen, no solo me contemplo ya seguro en él, sino que no temo arriesgarme á las embravecidas olas, que hasta ahora nos han amedrentado á todos; mándame venir á tí, y no tengo el menor inconveniente en arrostrar todo peligro, y en tu compañía ir por doquiera que me ordenares seguirte. El Pontífice romano, que tantas razones frívolas ha alegado en todo tiempo para hacer valer su pretendida sucesion de S. Pedro, se halla en las actuales circunstancias en la mas favorable coyuntura de subministrarnos una razon valedera para mostrar al mundo que es realmente en un punto muy importante sucesor del humilde apóstol. Nosotros creemos piadosamente, que á pesar de que el gefe de la iglesia de Roma se cree esclusivamente encargado de velar sobre la Iglesia universal de Jesucristo, no por eso piensa que Jesucristo mismo ha abdicado el cargo que directamente le incumbe de cuidar de su propio cuerpo, que es su Iglesia, y que al mismo tiempo que constante é incesantemente está intercediendo por los suyos en el cielo, dice por su Espíritu á los suyos en la tierra, cuando en mayores apuros y aflicciones se ven: tened buen ánimo, yo soy, no temais. Deje pues el engañado pontífice todo temor y toda consideracion mundana, y échese al agua á seguir en la humildad y en el desprendimiento de las cosas terrestres á quien profesa tener por Maestro: considere que si directamente y sin rodeos va á Jesus, puestos en él unicamente les ojos, marchará con seguridad completa sobre las aguas de toda tribulacion; mas si vuelve los ojos, y se pone á examinar el viento que sopla en el mundo, le hallará sin duda recio y tempestuoso siempre, temerá, y comenzará á hundirse otra vez en la solicitud de las cosas mundanas, en el deseo de su rango y de su autoridad terrestre, con que vanamente cree hacer prosperar la iglesia. Si tal desgracia le sucediere, muéstrese aun sucesor de Pedro en conservar al menos fuerza bastante para gritar por socorro, volviéndose de corazon á Jesus y clamando como aquel apóstol: "Valedme, Señor!" y no dude que su compasivo Maestro tenderá luego su omnipotente mano, y trabará de él; con eso tendrá el consuelo de ver que luego que tenga consigo á Jesus en el barco, cesará el viento, la tempestad pasará, y tanto á él como á los que con él navegan las será dado el adorar á su Salvador en espíritu y verdad, diciendo con entera conviccion de alli en adelante: "Verdaderamente Hijo de Dios eres!"

Ya quisieramos nosotros poder persuadirnos de que los sentimientos del Gefe de la Iglesia de Roma habian de tomar esta direccion, tan conforme con el espíritu y la letra del Evangelio; pero lo que en la actualidad pasa seria bastante para desvanecer esta ilusion, si en ella hubiésemos incurrido. El Rey pontífice, á quien en castigo de esta amalgama sacro-profana de

autoridades, llegará antes la lisonja que la verdad, como sucede generalmente á los grandes de la tierra, persiste en volverse á apoderar de su autoridad temporal, habla de los derechos de su poder terrestre, apela y pide socorro á los que tiene por sus hijos, y estos se invitan mutuamente á tomar las armas para que se le restituya, al mismo tiempo que creyéndose él Cabeza de la iglesia, se tiene por el primer discípulo de Aquel que aun al menor de los suyos tiene dicho: "si alguno te hiriere en la mejilla derecha, párale tambien la otra; y á aquel que quiere ponerte pleito, y tomarte la túnica, déjale tambien la capa." (S. Mat. c. 5. v. 39—40). Sus hijos, acostumbrados á las contradicciones en su Gefe espiritual, no reparan en las mas palpables por su parte. Desean, dicen, que se restituya á la cabeza de la iglesia la autoridad temporal para que con independencia y libertad pueda dedicarse á desempeñar las funciones propias de su autoridad espiritual. Vea ahora el católico sincero lo que esto implica: quiere decir, que cuando, con constitucion ó sin ella, esté el Rey pontífice encargado, como Gefe supremo, de dar leyes á una nacion terrestre, teniendo á su disposicion y á su mando todas las fuerzas de ella para hacer que puntualmente se ejecuten, á pesar de que Aquel á quien dicen que reconoce por Maestro tiene dicho á los suyos: "Sabeis que los príncipes de las gentes avasallan á sus pueblos, y que los que son mayores ejercen potestad sobre ellos: *no será así entre vosotros*" (S. Mat. c. 20, v. 25, &): que cuando el mismo, como magistrado supremo haya de velar sobre la justa aplicacion de ellas, á pesar de que cuando uno del pueblo pidió al que el pontífice reconoce por Maestro, que hiciese la particion de la hacienda entre el demandante y su hermano, Jesus le respondió: "Hombre! ¿quién me ha puesto por juez ó repartidor entre vosotros?" (S. Luc. c. 12, v. 13 &): cuando, digo, sobre la cabeza de la iglesia de Roma pese ante Dios la responsabilidad de estos graves y multiplicados cargos temporales, entonces, dicen los que se tienen por sus hijos, gozará de la independencia y libertad necesarias para atender á las no menos multiplicadas y graves funciones de su autoridad espiritual. "Tienen ojos para ver y no ven; y oídos para oír, y no oyen" decia Ezequiel (c. 12, v. 2.) á los de la casa de Judá: razon le sobraría para decirlo ahora de los defensores del pontificado romano. Entren pues en sí mismos los católicos romanos ilustrados y sinceros, y en verdad y sencillez de corazon pidan al Señor la verdadera libertad é independencia del Gefe de su iglesia. En las naciones en que domina el catolicismo romano se hacen ó se han hecho plegarias por él; mas no deben fiar mucho en esas oraciones públicas que se hacen de oficio, porque las rechaza el Señor, ó no las oye sino para castigo de los que las hacen: lo primero, porque en ellas se pide aquello mismo que el Señor reprueba y condena, y lo segundo porque en general son hipócritas. Para convencer de ello á nuestros lectores, nos remitimos á los papeles públicos, y hablamos de los de Madrid, corte católico-romana por excelencia. En algunas columnas de ellos hemos leído la sentida descripcion de la pena, y de la religiosa amargura de que los corazones católicos están poseidos á vista del desacato cometido contra la persona de la cabeza de su iglesia por los hijos sacrilegos de Roma, cuando en otras hemos visto la pomposa pintura de los magníficos y suntuosos bailes y banquetes en que los grandes y potentados, que ordenaron aquellas oraciones, ahogan sin duda el profundo dolor y la oficial tristeza de sus católicos corazones.

¡Tenga el Señor compasion de tanta ceguedad, y dignese iluminarnos á todos con la luz de su Evangelio de gracia!

 Editor y redactor, D. JUAN CALDERON profesor de literatura española.

EN LA IMPRENTA DE S. FERRETTI 3, MATILDA ST, CALEDONIAN RD.